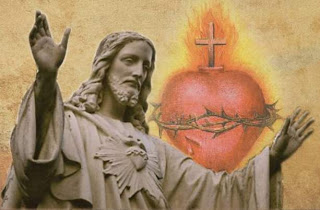
**DIA 1°.**

**EL AMOR DIVINO SENTADO EN AL CORAZÓN DEL SALVADOR**

(*DE LAS OBRAS de Nuestro Santo Padre Francisco de Sales.)*

Teótimo, el dulce Jesús, que nos ha rescatado por su sangre, desea infinitamente que le amemos para que estemos eternamente salvados, y desea que seamos salvados para que le amemos eternamente, tendiendo su amor a nuestra salvación y nuestra salvación a su amor. Dice el adorable Salvador, he venido para prender fuego al mundo, ¿que pretendo yo sino que arda? Pero para declarar más vivamente el ardor de este deseo, nos manda este amor en términos admirables. Amarás, dice, al Señor tu Dios con todo tu corazón, toda tu alma, todas tus fuerzas, es el primer y mayor mandamiento! ¡Dios mío! ¡Cuán enamorado está el corazón divino de nuestro amor! ¿No bastaba que hubiese publicado un permiso dándonos licencia para amarle, como Labán permitió a Jacob que amara a su hermosa Raquel y la conquistara por sus favores? Pues no, declara todavía más profundamente su pasión amorosa hacia nosotros y nos manda amarle todo lo que podemos para que, considerando su Majestad y nuestra miseria, que conforman tan infinita disparidad y desigualdad entre Él y nosotros, ni tampoco ningún pretexto, nos pueda distraer de amarle. Con lo cual da fe, Teótimo, que no nos ha dejado en balde la inclinación natural para amarle; pues para que no quede sin provecho, nos anima a que la usemos con este mandamiento general y para que este mandamiento se pueda practicar no hay ningún ser viviente al que no dé con abundancia todos los medios necesarios para este fin.

Mira, ahí está ese divino amor del Amado, está detrás de la pared de su humanidad; ¡mira que se deja entrever por las llagas de su corazón y la abertura de su costado, como por unas ventanas y como por una celosía a través de la cual nos mira!

Sí, es cierto, el amor divino sentado en al Corazón del Salvador como sobre su trono regio, mira por la abertura de su costado traspasado todos los corazones de los hijos de los hombres; porque, siendo ese corazón el Rey de los corazones, mantiene siempre sus ojos sobre los corazones. Pero como los que miran a través de las celosías ven y no son vistos apenas, así el divino amor de este corazón ve siempre claramente los nuestros y los mira con ojos de dilección, pero sin embargo nosotros no lo vemos, lo vislumbramos apenas; porque, ¡Oh Dios, si le viéramos tal como es moriríamos de amor por él ya que somos mortales, del mismo modo que él mismo murió de amor por nosotros mientras era mortal; ¡Oh si oyésemos cómo canta este divino corazón con una voz infinitamente dulce el cántico de alabanza a la divinidad! ¡Qué gozo Teótimo! ¡Cuánto se esfuerzan nuestros corazones para lanzarse al cielo para oírle siempre! Nos convida a ello el amigo querido de nuestras almas “¡Levántate paloma mía, hermosa mía” sal de ti misma, emprende el vuelo hacia mí.

“¡Ven amada mía, ven a contemplar mi corazón en la caverna de la abertura de mi costado, que fue hecha cuando mi cuerpo, igual que una casa reducida a escombros, fue demolido en el árbol de la Cruz! ¡Oh ven, amada mía!” Considera el amor eterno que Dios te ha manifestado, porque antes ya de que Nuestro Señor Jesucristo, en calidad de hombre sufriese en la Cruz por nosotros, su divina Majestad te ideaba en su soberana bondad y te amaba en extremo. Pero ¿cuándo empezó a amarte? Empezó cuando empezó a ser Dios; y cuando empezó a ser Dios? Nunca, porque lo ha sido siempre, sin principio ni fin y por tanto te ha amado desde la eternidad; por eso te preparaba las gracias y favores que te ha dedicado. Lo dice por el Profeta: “Te he amado (te habla a ti y a nadie más) con un amor perpetuo y por tanto te he atraído compadeciéndome de ti.

**DIA 2°.**

**VUESTRO CORAZÓN “ES EL LUGAR QUE HE ELEGIDO PARA MORAR PARA SIEMPRE JAMÁS.”**

(De las Cartas y escritos de N. Santo Padre, Francisco de Sales.)

****

El sol visible lo toca todo con su calor vivificante y, como el enamorado universal de las cosas inferiores, les da el vigor requerido para que ofrezcan sus productos; y asimismo la Bondad divina anima todas las almas y alienta todos los corazones a que le amen, sin que ningún hombre quede oculto a su calor. Así, en su pecho materno, su divino Corazón preveía, disponía, merecía, impetraba todos los beneficios que tenemos, no sólo en general para todos sino en particular para cada uno.

Las inclinaciones, inspiraciones, suavidades con las cuales guía, conduce y alimenta nuestros corazones para la vida eterna. Los beneficios no nos enardecen si no miramos la voluntad eterna que nos los destina y el corazón del Salvador que nos los ha merecido con tantas penas y sobre todo con su Muerte y Pasión.

Dios, desde el abismo de su eternidad, pensaba para mí unos pensamientos de bendición; meditaba y deliberaba, y así determinaba la hora de mi nacimiento, de mi Bautismo, de todas las inspiraciones que me iba a dar, y, en suma, todos los beneficios que me dedicaría y ofrecería. ! Ay! ¿Puede haber dulzura semejante a esta dulzura?

Meted, este querido corazón en el costado traspasado del Salvador, y unidlo a este Rey de los corazones, que está allí como en su trono real para recibir el homenaje y la obediencia de todos los demás corazones, y deja así su puerta abierta a fin de que cada uno lo pueda abordar y tener audiencia.

“¿Dónde, en medio de mi debilidad, puedo yo” dice S. Bernardo, “encontrar la seguridad y el reposo si no es en las llagas de mi Salvador? Habito en ellas con una seguridad conforme a su poder. “No puedo nada por mí mismo, más lo puedo todo en Aquel que me conforta.” ¡Ah! ¡Puesto que encuentro tantos bienes en las llagas de mi Jesús, quiero seguir el consejo de San Buenaventura y tomo la resolución de hacer tres tiendas, no sobre el Tabor, pues Pedro no sabía lo que decía cuando hacía esta proposición a Jesús, sino en lo alto del Calvario donde el propio Señor nos ha preparado estas tres moradas en sus divinas llagas.

- La primera estará en las llagas hechas a los pies de mi Salvador. Besaré con un vivo agradecimiento estos pies atravesados por amor a mí; allí aprenderé a alejar mis pies de todos los caminos que conducen a las locas alegrías del mundo; allí comprenderé la dicha de caminar... siguiendo las huellas... de los pasos de Jesús.

- La segunda será las llagas de sus manos. Veré en ellas estas manos abiertas para recibirme, estos brazos extendidos para acogerme, sacaré de ello la fuerza y el poder que reside en estas manos adorables. “Es en estas manos donde se oculta la fuerza”, dice Habacuq.

- La tercera, la más ancha la más querida por mi corazón, será la llaga que la lanza hizo en su costado. Estableceré mi morada en el divino Corazón traspasado por mí. Junto a este hogar ardiente, sentiré reanimarse la llama de amor hasta ahora tan debilitada ¡Ah! Señor, vuestro corazón es la verdadera Jerusalén; permitidme elegirlo para siempre para el lugar de mi reposo: “Es el lugar que he elegido para morar para siempre jamás.”

**DIA 3°.**

**CORAZÓN DE JESÚS HORNO ARDIENTE DE CARIDAD**

(Juan Pablo II)

"Horno Ardiente de caridad". El horno arde. Al arder, quema todo lo material, sea leña u otra sustancia fácilmente combustible. El Corazón de Jesús, el Corazón humano de Jesús, quema con el amor que lo colma. Y este es el amor al Eterno Padre y el amor a los hombres; a las hijas y los hijos adoptivos. El horno, quemando, poco a poco se apaga. El Corazón de Jesús, en cambio, es horno inextinguible. En esto se parece a la "zarza ardiente" del libro del Éxodo, en la que Dios se reveló a Moisés. Era una zarza que ardía con el fuego, pero... "no se consumía" (Ex 3,2).

El amor que arde en el Corazón de Jesús es sobre todo el Espíritu Santo, en el que Dios-Hijo se une eternamente al Padre. El Corazón de Jesús, el Corazón humano del Dios-Hombre, está abrazado por la "llama viva" del Amor Trinitario, que jamás se extingue.

Corazón de Jesús, Horno Ardiente de Caridad. El horno, mientras arde, ilumina las tinieblas de la noche y calienta los cuerpos de los viandantes ateridos. Hoy queremos rogar a la Madre del Verbo Eterno, para que en el horizonte de la vida de cada uno de nosotros no cese nunca de arder el Corazón de Jesús, "Horno Ardiente de caridad." Para que Él nos revele el Amor que no se extingue ni se deteriora jamás, el Amor que es eterno. Para que ilumine las tinieblas de la noche terrena y caliente los corazones.

Dándole las gracias por el único amor capaz de transformar el mundo y la vida humana, nos dirigimos con la Virgen Inmaculada, en el momento de la Anunciación, al Corazón Divino que no cesa de ser "Horno Ardiente de Caridad". Ardiente: como la "zarza" que Moisés vio al pie del monte Horeb.

**DIA 4°**

**EL CORAZÓN TRASPASADO DE JESÚS, SÍMBOLO SUPREMO DE RECONCILIACIÓN**

En las profundidades del corazón humano, por muy dividido interiormente y por muy corrompido que esté se origina, bajo la acción de su Creador y fortalecido por sus gracias actuales, el proyecto de una triple reconciliación: consigo mismo, con los demás y con Dios. Este es el proyecto mayor de cada uno de nosotros: unificarse íntimamente, en unión con nuestros compañeros de peregrinación y, sobre todo, con Aquel que es principio y término de nuestra existencia; por consiguiente, reconciliarse consigo mismo, con nuestros hermanos y con el Padre. Proyecto que, por cierto, supera nuestras fuerzas.

La Revelación nos manifiesta que el Hijo único de Dios quiso asumir un corazón de carne, un corazón dividido, un corazón amante y misericordioso, precisamente para convertirse en el Mediador deseoso de la realización de nuestro triple proyecto de reconciliación. Este Corazón quiso conocer y experimentar la desintegración de la muerte, el odio de sus hermanos y un misterioso abandono de su Padre a fin de cumplir en nosotros y en el universo su voluntad reconciliadora, reconciliándonos con nosotros mismos, con nuestros hermanos y con Él mismo y con su Padre. Aceptó, pues, detener, en la muerte, sus latidos amorosos para darnos, con la Sangre y el Agua de sus sacramentos, el Espíritu, que es la reconciliación en forma de remisión de los pecados (Jn 19, 30, 34; 20, 22-23), el Espíritu de Amor, que es el Soplo vivificante del Corazón del Resucitado.

Los hombres estaban incapacitados para expiar sus crímenes y satisfacer a la justicia misericordiosa del Padre; el Hijo unigénito, impulsado por el ardiente amor de su Corazón hacia nosotros, reconcilió totalmente los deberes y obligaciones de la humanidad con los derechos del Padre, poniendo en nuestras manos su satisfacción sobreabundante e infinita. De esta manera, Cristo Redentor es, por su Corazón humano, el autor de “esta admirable conciliación entre la justicia divina y la misericordia divina, donde tiene sus cimientos la trascendencia del misterio de nuestra salvación”, de acuerdo con la hermosa expresión de Pío XII en la encíclica Haurietis Aquas.

Dicho con otras palabras, al conciliar entre ellas las exigencias de la Justicia y d la Misericordia divinas, gracias a la ofrenda de su sacrificio expiatorio, Cristo reconcilió a su Padre celestial con sus hermanos humanos. En la Sangre derramada de su Corazón traspasado de Mediador, unificó el proyecto trascendente y divino de reconciliar a los hombres con su Creador, y el proyecto humano y dependiente de reconciliarse con Dios y con los hermanos humanos. En la no-violencia amorosa de su pasión, Jesús hizo humildemente violencia a su Padre a favor de los hombres: “el reino de Dios sufre violencia y los violentos lo conquistan” (Mt 11, 12). Su Corazón “manso y humilde” (Mt 11, 29) es el símbolo de su amor no violento que a los violentos convirtió siempre a la mansedumbre. El Corazón de Jesús es nuestra paz y nuestra reconciliación.

Cristo no murió para dispensarnos de sufrir y morir, sino para pudiésemos con Él, amar a su Padre, incluso en nuestro sufrimientos y en nuestras muertes, a pesar de nuestra debilidades y de nuestros pecados.

**DIA 5°**

**«EL SEÑOR SE HA UNIDO A VOSOTROS Y OS HA ELEGIDO» (DT 7,7).**

(Papa Francisco)

Dios se ha unido a nosotros, nos ha elegido, y este lazo es para siempre, no tanto porque somos fieles, sino porque el Señor es fiel y soporta nuestras infidelidades, nuestras lentitudes, nuestras caídas.

Dios no tiene miedo de unirse. Esto nos puede parecer extraño: a veces llamamos a Dios “el Absoluto”, que significa literalmente “separado, independiente, ilimitado”; pero en realidad, nuestro Padre es “absoluto” siempre y solo en el amor: por amor estrecha alianza con Abraham, con Isaac, con Jacob y con los demás. Ama los lazos, crea lazos; lazos que liberan, que no oprimen.

Con el Salmo hemos repetido: «El amor del Señor es para siempre» (cfr. Sal 103). Sin embargo, de nosotros hombres otro Salmo afirma: “ha desaparecido la fidelidad entre los hijos del hombre” (cfr Sal 12,2). Hoy en particular la fidelidad es un valor en crisis porque somos inducidos a buscar siempre el cambio, una presunta novedad, negociando las raíces de nuestra existencia, de nuestra fe. Sin fidelidad a sus raíces, sin embargo, una sociedad no va adelante: puede hacer grandes progresos técnicos, pero no un progreso integral, de todo el hombre y de todos los hombres.

El amor fiel de Dios por su pueblo se manifestó y realizó plenamente en Jesucristo, el cual, para honrar el lazo de Dios con su pueblo, se hizo nuestro esclavo, se despojó de su gloria y sumió la forma de siervo. En su amor no se amedrentó delante de nuestra ingratitud y ni siquiera ante el rechazo. Nos lo recuerda san Pablo: «Si somos infieles, él –Jesús– permanece fiel, porque no puede renegar de sí mismo» (2 Tm 2,13). Jesús permanece fiel, no traiciona nunca: incluso cuando nos hemos equivocado, Él nos espera siempre para perdonarnos: es el rostro del Padre misericordioso.

Este amor, esta fidelidad del Señor manifiesta la humildad de su corazón: Jesús no vino a conquistar a los hombres como los reyes y los potentes de este mundo, sino que vino a ofrecer amor con mansedumbre y humildad. Así se definió Él a sí mismo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). Y el sentido de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, que celebramos hoy, es el de descubrir cada vez más y dejarnos envolver de la fidelidad humilde y de la mansedumbre del amor de Cristo, revelación de la misericordia del Padre. Podemos experimentar y saborear la ternura de este amor en cada momento de la vida: en el tiempo de la alegría y en el de la tristeza, en el tiempo de la salud y en el de la enfermedad.

La fidelidad de Dios nos enseña a acoger la vida como acontecimiento de su amor y nos permite testimoniar este amor a los hermanos en un servicio humilde y manso.

Queridos hermanos, en Cristo contemplamos la fidelidad de Dios. Cada gesto, cada palabra de Jesús deja transparentar el amor misericordioso y fiel del Padre. Y entonces ante él nos preguntamos: ¿cómo es mi amor por el prójimo? ¿Sé ser fiel? ¿O bien soy voluble, sigo mis humores y mis simpatías? Cada uno de nosotros puede responder en su conciencia. Pero sobretodo podemos decir al Señor: Señor Jesús, haz me corazón cada vez más semejante al tuyo, lleno de amor y de fidelidad.

**DIA 6°.**

**EL CORAZÓN DE JESÚS ES EL CORAZÓN DE DIOS QUE AMA.**



¡Cuántas cosas! ¡Pero cuántas, reflejan y simbolizan el Corazón de Jesús! Todo lo que hizo Jesús nos conmueve, nos atrae y es objeto de admiración: - Sus pies nos recuerdan los caminos emprendidos para encontrarse con el hombre… - Sus ojos, entre otras cosas, nos seducen cuando nos miran con amor y hasta con persuasión: “sígueme” - Sus lágrimas nos recuerdan nuestras traiciones, negaciones y deserciones…. - Sus manos, nos traen instantes de bendición y de entrega, montes de cruz y de pasión, lagos y llanuras de pan multiplicado y de fraternidad…. Pero ¿y su corazón? Su corazón es mucho más. Su corazón nos dice muchísimo más. Es la imagen más divina, la más certera y límpida, de lo que Jesús fue y pretendió: amor que se partía, amor que obedecía, amor que se humillaba, amor dado hasta la saciedad. La festividad del Corazón de Jesús nos lleva inmediatamente al encuentro con Dios.

El sístole y el diástole de Jesucristo fue el cumplir la voluntad de Dios y hacerla visible a los hombres. Y, por ello mismo, entrar en el Corazón de Jesús es adentrarse en el Misterio de la Trinidad; es ponerse en las manos de Dios; es saber que, Dios, habita y actúa en Cristo.

El Corazón de Jesús es el corazón de Dios que ama. El Corazón de Jesús es un camino que nos lleva al encuentro con el Padre. El Corazón de Jesús nos empuja a amar con locura a Aquel que tanto Él amó: Dios.

¿Seremos capaces de ver el secreto de la vida del Corazón de Cristo? ¿No nos estaremos quedando en el simple concepto de “corazón” cuando, el de Jesús esconde, lleva y nos atrae con una fuerza poderosa y penetrada por el Misterio? ¿Seremos valientes de meternos de lleno en el Corazón de Jesús y saber cómo son sus sentimientos para intentar que los nuestros vayan al mismo compás que los suyos? Decir “Corazón de Jesús en Ti confío” es saber que, Jesús, nos lleva hacia el Padre. Es comprender que sus miradas, afectos, deseos, pasión y vida, estuvieron totalmente capitalizadas y orientadas desde Dios. Decir “Corazón de Jesús en Ti confío” es aproximarse a una fuente de la que brota algo, tan esencial como escaso en nuestro mundo y en las personas: amor desbordante. ¿De dónde viene? De Dios ¿Por qué brota? ¡Por amor! ¿Para quién? ¡Para el hombre!

Contribuyamos con amor, el inmenso amor que el Corazón de Cristo nos entrega. Y, a la vez, pidámosle que nuestro latir sea el suyo, que nuestro vivir sea el suyo, que nuestro querer y voluntad sean las suyas. No podemos decir “Corazón de Jesús en Ti confío” y, a continuación, perder la paciencia cuando no hay proporción entre esfuerzo y cosecha o entre oración y respuesta. En cuántos momentos preguntamos a los niños: Tú, ¿a quién quieres parecerte? Hoy, también a nosotros, pequeños en definitiva también, el Señor nos pregunta: ¿Quieres tener los mismos sentimientos de mi corazón? ¿Quieres amar como yo amo? ¿Quieres tener y descubrir a Dios como yo lo he descubierto y quiero? ¿Quieres obedecer aunque te cueste? ¿Quieres entregarte con ganas o sin ellas? ¿Quieres perdonar aunque te parezca que pierdas? ¿Quieres…quieres…quieres? ¿Es nuestro corazón de Jesús…..o de otros señores?

**DIA 7°.**

**EUCARISTÍA Y SAGRADO CORAZÓN**

****

La Eucaristía fue el regalo más hermoso y valioso del Sagrado Corazón de Jesús. La Eucaristía nos introduce directamente en el Corazón de Jesús y nos hace gustar sus delicias espirituales. En la eucaristía, como en la cruz, está el Corazón de Jesús abierto, dejando caer sobre nosotros torrentes de gracia y de amor.

En la Eucaristía está vivo el Corazón de Cristo y en una débil y blanca Hostia, parece dormir el sueño de la impotencia, pero su Corazón vela. Vela tanto si pensamos como si no pensamos en Él. No reposa. Día y noche vela por nosotros en todos los Sagrarios del mundo. Está pidiendo por nosotros, está pendiente de nosotros, nos espera a nosotros para consolarnos, para hacernos compañía, para intimar con nosotros.

Hay por lo tanto una relación estrechísima entre la eucaristía y el Sagrado Corazón. ¿Cuál es el mejor culto, la mejor satisfacción, la mejor devoción que podemos dar al Sagrado Corazón?

Participando en la Eucaristía, Jesús recibe de nosotros el más noble culto de adoración, acción de gracias, reparación, expiación e impetración.

Visitando al Santísimo Sacramento, vivo en cada Iglesia, el Sagrado Corazón de Jesús recibe adoración y amor de nuestra parte. Por eso está encendida la lamparita, símbolo de la presencia viva de ese Corazón que palpita de amor por todos.

Damos culto al Corazón de Jesús, haciendo la comunión espiritual, ya sea que estemos en el trabajo, en el estudio, en la calle. Es ese recuerdo, que es deseo profundo de querer recibir a Cristo con aquella pureza, aquella humildad y devoción con que lo recibió la Santísima Virgen. Con el mismo espíritu y fervor de los santos.

Haciendo Hora Santa, Jesús recibe también reparación. Cada pecado nuestro le va destrozando e hiriendo su divino corazón. Con la Hora Santa vamos reparando nuestros pecados y los pecados de la humanidad. Así se lo pidió Cristo a santa Margarita María de Alacoque en 1673 en Paray-Le-Monial (Francia).

También los primeros viernes de cada mes son ocasión maravillosa para reparar a ese corazón que tanto ha amado a los suyos y que no recibe de ellos sino ingratitudes y desprecios.

El culto al Sagrado Corazón de Jesús es la respuesta del hombre y de cada uno de nosotros al infinito amor de Cristo que quiso quedarse en la eucaristía para siempre. Que mientras exista uno de nosotros no vuelva Jesús a quejarse: “He aquí el Corazón que tanto ha amado y ama al hombre y en respuesta no recibo sino olvido e ingratitud”.

Este culto eucarístico es la respuesta de correspondencia nuestra al amor del Corazón de Jesús, pues es en la eucaristía donde ese corazón palpita de amor por nosotros.

**DIA 8°.**

**LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS Y SUS RAÍCES EN EL DOGMA CRISTIANO**

(Don Columba Marmion)



“Devoción” viene de la palabra latina devovere: dedicarse, consagrarse así mismo a una persona amada. La devoción hacia Dios es la más alta expresión de nuestro amor. “Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu, con todas tus fuerzas”: Ese totus marca la devoción: amar a Dios con toda la persona, si reservarse nada, sin cesar, amarla hasta el punto de consagrarse a su servicio con prontitud y facilidad, tal es la devoción en general; y así entendida, la devoción constituye la perfección: porque ella es la flor misma de la caridad.

La devoción a Jesucristo es la consagración de todo nuestro ser y de toda nuestra actividad a la persona del Verbo encarnado, abstracción hecha de tal estado particular de la persona de Jesús o de tal misterio especial de su vida. Por esta devoción a Jesucristo, nos daremos a la tarea de conocer, honrar y servir al Hijo de Dios que se manifiesta en nosotros por su santa humanidad.

Una devoción particular, sea la “consagración” a Dios considerado especialmente en uno de sus atributos o una de sus perfecciones, como la santidad o la misericordia, o aun una de las tres personas divinas, sea de Cristo contemplado en sus misterios, bajo uno u otro de sus estados: es siempre el mismo Cristo Jesús que honramos, a cuya persona adorable se dirigen todos nuestros homenajes; pero consideramos su persona bajo tal aspecto particular donde se manifiestan a nosotros en tal misterio especial. Así, la devoción a la santa Infancia es la devoción a la persona misma de Cristo contemplado especialmente en los misterios de su natividad y de su vida de adolescente en Nazaret; la devoción a las cinco llagas es la devoción a la persona del Verbo encarnado considerado en sus sufrimientos, sufrimientos simbolizados por las cinco llagas cuyas gloriosas cicatrices Cristo quiso conservar después de su resurrección. La devoción puede tener un objeto especial, propio, inmediato, pero termina siempre en la persona misma.

A partir de aquí, comprendemos lo que hay que entender por devoción al Sagrado Corazón de Jesús. De una manera general, la consagración a la persona Jesús mismo, que manifiesta su amor por nosotros y que nos muestra su amor por nosotros y que nos muestra su corazón como símbolo de este amor. ¿Qué honramos pues en esta devoción? A Cristo mismo, en persona. Pero cuál es el objeto inmediato, especial, propio de esta devoción? El corazón de carne de Jesús, el corazón que latía por nosotros en su pecho de Hombre-Dios; pero no le honramos separado de la naturaleza humana de Jesús ni de la persona del Verbo eterno a quien esta naturaleza humana está unido en la encarnación. ¿Y eso es todo? No; falta todavía agregar esto: honramos este corazón como símbolo del amor de Jesús respecto de nosotros.

La devoción al Sagrado Corazón se remite, pues, al culto del Verbo encarnado que nos manifiesta su amor y nos muestra su corazón como símbolo de este amor. ¿Qué es, en efecto, la Encarnación? Es la manifestación de Dios, es Dios que se revela a nosotros mediante la humanidad de Jesús”: es la revelación del amor divino al mundo: “Dios amó tanto al mundo que le dio a su hijo para que se entregara por ellos: “No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos”. Toda la devoción al Sagrado Corazón está en germen en esas palabras de Jesús. Y para Mostar que este amor había alcanzado el grado supremo, Cristo Jesús quiso que ni bien exhalase su último suspiro sobre la cruz, su corazón fuese traspasado por la lanza de un soldado. Como se verá, el amor que está simbolizado por el corazón en esta devoción es ante todo el amor creado de Jesús, pero como Cristo es el Verbo encarnado, los tesoros de este amor creado nos manifiestan las maravillas del amor divino, del Verbo eterno. Se comprende que la profundidad de esta devoción se sumerge en el depósito de la fe. Lejos de ser una alteración o una corrupción, es una adaptación, a la vez simple y magnífica, de las palabras de San Juan sobre el Verbo, que se hizo carne y se inmoló por amor por nosotros.

**DIA 9°.**

**EL AMOR DIVINO, DON DEL CORAZÓN DE CRISTO Y DE SU ESPÍRITU**

"Con amor eterno nos ha amado Dios; por eso, al ser elevado sobre la tierra, nos ha atraído hacia su corazón, compadeciéndose de nosotros" (Antífona 1 de las I Vísperas del Sagrado Corazón).

La Cruz del Señor es el momento supremo de la manifestación de su inmenso amor al Padre en favor nuestro. El Señor nos "amó hasta el extremo"(Jn 13,1), ya que "nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15, 13).

Su Corazón es un corazón traspasado a causa de nuestros pecados y por nuestra salvación. Un corazón que nos ama personalmente a cada uno. Toda la humanidad está incluida en ese corazón infinitamente dilatado. Ya nadie puede sentirse solo o desamparado, pues al ser amado por Cristo es amado por Dios.

No hay fronteras ni límites que contengan el alcance de la redención: Él se ha puesto en nuestro lugar, ha cargado con todo el pecado y la culpa de la humanidad, para expiar con su muerte nuestro alejamiento de Dios. Él es el Cordero Inmaculado que con su entrega obediente repara nuestra desobediencia.

En el sufrimiento y en la muerte, "su humanidad se convierte en el instrumento libre y perfecto de su amor divino que quiere la salvación de los hombres. De hecho, Él ha aceptado libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que el Padre quiere salvar: `Nadie me quita la vida, sino que yo la doy voluntariamente´ (Jn 10, 18)" (Catecismo de la Iglesia Católica, 609) .

En la Cruz se expresa la "riqueza insondable que es Cristo". En la Cruz se comprende "lo que trasciende toda filosofía": el amor cristiano, un amor que, muriendo, da la vida.

Acerquémonos al Corazón de Cristo. Respondamos con amor al Amor. Que nuestra vida sea un homenaje - callado y humilde - de amor y de cumplida reparación. "Quiero gastarme sólo por tu Amor", escribía Santa Teresita del Niño Jesús.

También nosotros le pedimos al Señor la gracia de corresponder - en la medida de nuestras pobres fuerzas - a su infinita compasión para con el mundo. Señor, ¡qué nos gastemos sólo por tu Amor". Qué prendamos en las almas el fuego de tu Amor. La primera señal del amor del Salvador es la misión del Espíritu Santo a los discípulos, después de la Ascensión del Señor al cielo, recuerda Pío XII (“Haurietis aquas”, 23). El Espíritu Santo es el Amor mutuo personal por el que el Padre ama al Hijo y el Hijo al Padre, y es enviado por ambos para infundir en el alma de los discípulos la abundancia de la caridad divina. Esta infusión de la caridad divina brota también del Corazón del Salvador, en el cual "están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia" (Col 2, 3).

Al Espíritu Santo se debe el nacimiento de la Iglesia y su admirable propagación. Este amor divino, don del Corazón de Cristo y de su Espíritu, es el que dio a los apóstoles y a los mártires la fortaleza para predicar la verdad y testimoniarla con su sangre. A este amor divino, que redunda del Corazón del Verbo encarnado y se difunde por obra del Espíritu Santo en las almas de los creyentes, San Pablo entonó aquel himno que ensalza el triunfo de Cristo y el de los miembros de su Cuerpo: "¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el riesgo?, ¿la persecución?, ¿la espada?... Mas en todas estas cosas triunfamos soberanamente por obra de Aquel que nos amó. Porque estoy seguro de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados, ni lo presente ni lo futuro, ni poderíos, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna será capaz de apartarnos del amor de Dios manifestado en Jesucristo nuestro Señor" (Rm 8, 35.37-39).

El Espíritu Santo nos ayudará a conocer íntimamente al Señor y a descubrir, junto al Corazón de Cristo, el sentido verdadero de nuestra vida, a comprender el valor de la vida verdaderamente cristiana, a unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo. "Así - como pedía el Papa Juan Pablo II - sobre las ruinas acumuladas del odio y la violencia, se podrá construir la tan deseada civilización del amor, el reino del Corazón de Cristo" (Carta al P. Kolvenbach).

**DIA 10°.**

**EL CORAZÓN DE CRISTO TRANSPARENTA EL AMOR DEL PADRE**

En la vida de Jesucristo se transparenta el amor del Padre: "Quien me ve a mí, ve al Padre" (Jn 14, 9): "Él, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino..." (“Dei Verbum”, 4).

Toda su existencia terrena remite al misterio de un Dios que es Amor, comunión de Amor, Trinidad de Personas unidas por el recíproco amor, que nos invita a entrar en la intimidad de su vida.

**La ternura de Jesús.** El Evangelio deja constancia de la ternura de Jesús. Él es "manso y humilde de corazón". Es compasivo con las necesidades de los hombres, sensible a sus sufrimientos. Su amor privilegia a los enfermos, a los pobres, a los que padecen necesidad, pues "no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos".

La parábola del hijo pródigo resume muy bien su enseñanza acerca de la misericordia de Dios. El Señor, con su actitud de acogida con respecto a los pecadores, da testimonio del Padre, que es "rico en misericordia" y está dispuesto a perdonar siempre al hijo que sabe reconocerse culpable. "Sólo el corazón de Cristo, que conoce las profundidades del amor de su Padre, ha podido revelarnos el abismo de su misericordia de una manera a la vez tan sencilla y tan bella" (Catecismo de la Iglesia Católica, 1439).

La parábola del hijo pródigo es, a la vez, una profunda enseñanza acerca de la condición humana. El hombre corre el riesgo de olvidarse del amor de Dios y de optar por una libertad ilusoria. Por el pecado se aleja de la casa del Padre, donde era querido y apreciado, para ir a vivir entre extraños. El mal seduce prometiendo una felicidad a corto plazo. El hombre sigue así un camino que lleva a la esclavitud y a la humillación. Nuestra época constituye un testimonio claro de este engaño. Vivimos en una cultura que margina positivamente lo religioso, que, dejando a Dios de lado, prefiere rendir culto a los ídolos falsos del poder, del placer egoísta, del dinero fácil.

Es importante - lo recordaba el Papa - ayudar a descubrir en la propia alma la "nostalgia de Dios". En el fondo de todo hombre resuena una llamada del Amor; una llamada que no debe ser desoída. Quizá el ruido externo no permite captarla y por eso es urgente crear espacios que no ahoguen la dimensión espiritual que todo ser humano posee en tanto que creado por Dios y llamado a la comunión de vida con Él. Nuestras iglesias, nuestras comunidades, pueden ser uno de estos espacios propicios para escuchar la brisa en la que Dios se manifiesta. Al entrar en una iglesia, el hombre de nuestro tiempo debe tener aún la posibilidad de preguntarse sobre el motivo que anima a quienes la frecuentan. La vida de los cristianos debe ser para todos un indicador que apunta hacia Dios, una señal de que por encima de todo está Él.

Adoramos el Corazón de Cristo porque es el corazón del Verbo encarnado, del Hijo de Dios hecho hombre, de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad que, sin dejar de ser Dios, asumió una naturaleza humana para realizar nuestra salvación. El Corazón de Jesús es un corazón humano que simboliza el amor divino.

La humanidad santísima de Nuestro Redentor, unida hipostáticamente a la Persona del Verbo, se convierte así para nosotros en manifestación del amor de Dios. Sólo el amor inefable de Dios explica la locura divina de la Encarnación: "tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito, para que el que crea en él no muera, sino que tenga la vida eterna" (Jn 3, 16). Es el misterio de la condescendencia divina, del anonadamiento de Aquel que "a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz" (Flp 2, 6 ss).

**DIA 11°.**

**CORAZÓN DE JESÚS DELICIA DE TODOS LOS SANTOS**

(S. Juan Pablo II)

****

De la esperanza al cumplimiento, del deseo a la realización, de la tierra al Cielo: este parece ser, amadísimos hermanos y hermanas, el ritmo según el cual suceden las tres últimas invocaciones de las letanías del Sagrado Corazón. Tras las invocaciones "Salvación de los que en Ti esperan" y "Esperanza de los que en Ti mueren" las letanías concluyen dirigiéndose al Corazón de Jesús como "Delicia de todos los santos". Es ya visión del paraíso: es anotación veloz acerca de la vida del Cielo: es palabra breve que abre horizontes infinitos de bienaventuranza eterna.

Sobre esta tierra el discípulo de Jesús vive en la espera de alcanzar a su Maestro, en el deseo de contemplar Su Rostro, en la aspiración ardiente de vivir siempre con Él. En el Cielo, en cambio, cumplida la espera, el discípulo ya ha entrado en el gozo de su Señor (Mt 25,21.23); contempla el rostro de su Maestro, ya no transfigurado durante un solo instante (Mt 17,2; Mc 9,2; Lc 9,28), sino resplandeciente para siempre con el fulgor de la eterna luz ( Hb 1,3); vive con Jesús y de la misma vida de Jesús. La vida del cielo no es más que la fruición perfecta, indefectible e intensa, del amor de Dios - Padre, Hijo y Espíritu Santo- y no es más que la revelación total del Ser íntimo de Cristo, y la comunicación plena de la vida y del amor que brotan de Su Corazón. En el Cielo los bienaventurados ven satisfecho todo deseo, cumplida toda profecía, aplacada toda sed de felicidad, y colmada toda aspiración.

Por eso el Corazón de Cristo es la fuente de la vida de amor de los santos. En Cristo y por medio de Cristo los bienaventurados del Cielo son amados por el Padre, que los une a Si con el vínculo del Espíritu Santo. En Cristo y por medio de Cristo, ellos aman al Padre y a los hombres, sus hermanos, con el amor del Espíritu.

El Corazón de Cristo es el espacio vital de los bienaventurados: el lugar donde ellos permanecen en el Amor (Jn 15,9), sacando de Él gozo perenne y sin límite. La sed infinita de amor, misteriosa sed que Dios ha puesto en el Corazón divino de Cristo.

Allí se manifiesta en plenitud el Amor del Redentor hacia los hombres, necesitados de salvación; del Maestro hacia los discípulos, sedientos de verdad; del Amigo que anula las distancias y eleva a los siervos a la condición de amigos, para siempre, en todo. El intenso deseo, que sobre la tierra se manifestaba en la súplica "Ven, Señor Jesús" (Ap 22,20), ahora, en el Cielo, se transforma en visión cara a cara, en posesión tranquila, en fusión de vida: de Cristo en los bienaventurados y de los bienaventurados en Cristo.

Elevando hacia ellos la mirada del alma y contemplándolos en tomo a Cristo juntamente con su Reina, la Virgen Santísima, nosotros repetirnos hoy, con firme esperanza, la alegre invocación: "¡Corazón de Jesús, delicia de todos los santos, ten misericordia de nosotros!".

**DIA 12°.**

****

**Cuenta nuestra Santa Hermana Margarita María:** "Mi Divino Corazón, está tan apasionado de Amor a los hombres, en particular hacia ti, que, no pudiendo contener en él las llamas de su ardiente caridad, es menester que las derrame valiéndose de ti y se manifieste a ellos para enriquecerlos con los preciosos dones que te estoy descubriendo los cuales contienen las gracias santificantes y saludables necesarias para separarles del abismo de perdición. Te he elegido como un abismo de indignidad y de ignorancia, a fin de que sea todo obra mía."

"Luego," continúa Margarita, "me pidió el corazón, el cual yo le suplicaba tomara y lo cual hizo, poniéndome entonces en el suyo adorable, desde el cual me lo hizo ver como un pequeño átomo que se consumía en el horno encendido del suyo, de donde lo sacó como llama encendida en forma de corazón, poniéndolo a continuación en el lugar de donde lo había tomado, diciéndome al propio tiempo: "He ahí, mi bien amada, una preciosa prenda de mi amor, que encierra en tu costado una chispa de sus más vivas llamas, para que te sirva de corazón y te consumas hasta el último instante y cuyo ardor no se extinguirá ni enfriará. De tal forma te marcaré con la Sangre de mi Cruz, que te reportará más humillaciones que consuelos. Y como prueba de que la gracia que te acabo de conceder no es nada imaginario, aunque he cerrado la llaga de tu costado, te quedará para siempre su dolor y, si hasta el presente solo has tomado el nombre de esclava mía, ahora te doy el de discípula muy amada de mi Sagrado Corazón."

"Una vez, estando expuesto el Santísimo Sacramento, se presentó Jesucristo resplandeciente de gloria, con sus cinco llagas que se presentaban como otros tantos soles, saliendo llamaradas de todas partes de Su Sagrada Humanidad, pero sobre todo de su adorable pecho que, parecía un horno encendido. Habiéndose abierto, me descubrió su amabilísimo y amante Corazón, que era el vivo manantial de las llamas. Entonces fue cuando me descubrió las inexplicables maravillas de su puro amor con que había amado hasta el exceso a los hombres, recibiendo solamente de ellos ingratitudes y desprecios.

"Eso," le dice Jesús a Margarita, "fue lo que más me dolió de todo cuanto sufrí en mi Pasión, mientras que si me correspondiesen con algo de amor, tendría por poco todo lo que hice por ellos y, de poder ser, aún habría querido hacer más. Mas sólo frialdades y desaires tienen para todo mi afán en procurarles el bien. Al menos dame tú el gusto de suplir su ingratitud de todo cuanto te sea dado conforme a tus posibilidades."

Ante estas palabras, Margarita solo podía expresarle al Señor su impotencia, Él le replicó: "Toma, ahí tienes con qué suplir cuanto te falte." Y del Corazón abierto de Jesús, salió una llamarada tan ardiente que pensó que la iba a consumir, pues quedó muy penetrada y no podía ella aguantarlo, por lo que le pidió que tuviese compasión de su debilidad. Él le respondió: "Yo seré tu fortaleza, nada temas, solo has de estar atenta a mi voz y a lo que exija de ti con el fin de prepararte para la realización de mis designios."

**DIA 13°.**

**CORAZÓN DE JESÚS FORMADO POR EL ESPÍRITU SANTO EN EL SENO DE LA VIRGEN MARÍA**

(San Juan Pablo II)

****

Así rezamos en las letanías al Sacratísimo Corazón. Esta invocación se refiere directamente al misterio que meditamos, al rezar el Ángelus: por obra del Espíritu Santo fue formada en el seno de la Virgen de Nazaret la Humanidad de Cristo, Hijo del Eterno Padre.

¡Por obra del Espíritu Santo fue formado en esta Humanidad el Corazón! El Corazón, que es el órgano central del organismo humano de Cristo y, a la vez, el verdadero símbolo de su vida interior: del pensamiento, de la voluntad, de los sentimientos. Mediante este Corazón la Humanidad de Cristo es, de modo particular, “el templo de Dios” y, al mismo tiempo, mediante este Corazón, está incesantemente abierta al hombre y a todo lo que es “humano”. “Corazón de Jesús de cuya plenitud todos hemos recibido”.

El mes de junio está dedicado, de modo especial, a la veneración del Corazón divino. No sólo un día, la fiesta litúrgica que, de ordinario, cae en junio, sino todos los días. Con esto se vincula la devota práctica de rezar o cantar cotidianamente las letanías al Sacratísimo Corazón de Jesús.

Las letanías del Corazón de Jesús se inspiran abundantemente en las fuentes bíblicas y, al mismo tiempo, reflejan las experiencias más profundas de los corazones humanos. Son, a la vez, oración de veneración y de diálogo auténtico. Hablamos en ellas del corazón y, al mismo tiempo, dejamos a los corazones hablar con este único Corazón, que es “fuente de vida y de santidad” y “deseo de los collados eternos”. Del Corazón que es “paciente y lleno de misericordia” y “generoso para todos los que le invocan”.

Esta oración, rezada y meditada, se convierte en una verdadera escuela del hombre interior: la escuela del cristiano. La solemnidad del Sacratísimo Corazón de Jesús nos recuerda, sobre todo, los momentos en que este Corazón fue “traspasado por la lanza” y, mediante esto, abierto de manera “Visible” al hombre y al mundo.

Al rezar las letanías – y en general al venerar al Corazón Divino –conocemos el misterio de la redención en toda su divina y, a la vez, humana profundidad. Simultáneamente, nos hacemos sensibles a la necesidad de reparación. Cristo nos abre su Corazón para que nos unamos con El en su reparación por la salvación del mundo. Hablar del Corazón Traspasado es decir toda la verdad de su Evangelio y de la Pascua.

Por otra parte, la humanidad de Cristo es también obra de la Virgen. El Espíritu plasmó el Corazón de Cristo en el seno de María, que colaboró activamente con El como madre y como educadora.

…Como Madre, Ella se adhirió consciente y libremente al proyecto salvífico de Dios Padre, siguiendo en un silencio lleno de adoración, el misterio de la vida que en Ella había brotado y se desarrollaba;

…Como educadora, Ella plasmó el Corazón de su propio Hijo, introduciéndolo, junto con San José, en las tradiciones del pueblo elegido, inspirándole el amor a la ley del Señor, comunicándole la espiritualidad de los “pobres del Señor.” Ella lo ayudó a desarrollar su inteligencia y seguramente ejerció influjo en la formación de su temperamento. Aun sabiendo que su Niño la trascendía por ser “Hijo del Altísimo” (cf. Lc 1,32), no por ello la Virgen fue menos solicita de su educación humana (cf. Lc. 2,51).

Por tanto podemos afirmar con verdad: en el Corazón de Cristo brilla la obra admirable del Espíritu Santo: en El se hallan también los reflejos del corazón de la Madre. Tanto el corazón de cada cristiano como el Corazón de Cristo: dócil a la acción del Espíritu, dócil a la voz de la Madre.

**DIA 14°.**

**EL ALMA DEL PRÓJIMO ES EL ÁRBOL DE VIDA DEL PARAÍSO TERRENAL**

(DE las Cartas y escritos de N. Santo Padre, Francisco de Sales.)



El alma del prójimo es el árbol de vida del Paraíso terrenal; está prohibido tocarlo porque es de Dios quien debe juzgarlo y a nosotros también. Cuando nos entran ganas de enfadarnos con alguien, es preciso que inmediatamente miremos esta alma en el seno de Dios, a partir de este momento nos guardaremos de enfadarnos con ella y éste es el verdadero medio de conservar la paz en nuestro corazón y el amor del prójimo.”

“¡Oh! qué grande era la llama de amor que ardía en el Corazón de nuestro dulce salvador puesto que en medio de sus más dolorosos tormentos, rogó para sus enemigos: “Padre perdónalos” Lo cual hizo para mostrarnos que su amor era tan grande que ningún tormento podía disminuirlo; y para mostrarnos también cuál debe ser nuestro corazón en lo que concierne a nuestro prójimo.”

La dulzura, la humildad, la dulce caridad y cordialidad para con el prójimo, son las virtudes cuya práctica debe sernos habitual, tanto más cuanto que nos es necesaria, porque el encuentro de las ocasiones nos es frecuente; pero, en lo que se refiere a la constancia, a la magnanimidad, y tantas otras virtudes que tal vez no tengamos nunca la ocasión de practicar, no nos preocupemos; no seremos por eso menos magnánimos y generosos”.

“Os quitaré, dice Dios, vuestro corazón de piedra”... Se llama corazón de piedra aquel que no recibe fácilmente las impresiones de la gracia, sino que permanece en su propia voluntad... al contrario se llama “corazón fundido” licuado un corazón que es dulce, amable y tratable. Sólo el amor, que es más fuerte que la muerte, puede ablandar, enternecer y hacer moldear los corazones”.

Presentad vuestro corazón a vuestro Esposo, vacío de todos los afectos que no sean su amor; y suplicadle que lo llene, pura y simplemente, de los deseos y voluntades que están en el Suyo...y veréis como Dios os ayuda y que haréis mucho, tanto en la elección como en la ejecución. Cuando sentimos que no tenemos confianza en Dios, hay que ir a alcanzarla en su Corazón, pues Nuestro Señor está lleno de ella. No nos arrebata jamás su gracia por estas pequeñas cosas; no es propenso a enfadarse con nosotros cuando faltamos, con tal de que volvamos a Él humillándonos con amor y confianza: Id junto a Él como un niño pequeño.

Dejaos gobernar por Él según su deseo; aunque no corresponda al vuestro, siempre será según el suyo. Tenemos que emprender nuestro perfeccionamiento, no para nuestro contento, pero para complacer a nuestro Esposo que así lo quiere. …¡Y entonces! Entonces estaremos totalmente impregnadas de dulzura y suavidad para con nuestras Hermanas y los demás prójimos, pues veremos estas almas en el pecho del Salvador. ¡Ay! Quien mira al prójimo fuera de allí, corre el peligro de no amarlo ni puramente, ni constantemente, ni igualmente; pero allí ¿quién no lo amaría, quién no lo soportaría, quién no sufriría sus imperfecciones, quién lo encontraría con poca gracia, quién lo encontraría enojoso? Ahora bien, está allí este prójimo, queridísimas Hijas, en el pecho del Salvador está allí en calidad de muy amado y tan amado que el Amante muere de amor por él.

**DIA 15°.**

**CORAZÓN DE JESUS HIJO DEL ETERNO PADRE**

(San Juan Pablo II)

La Iglesia encuentra en el Corazón de Cristo el acceso al Dios que es la Santísima Trinidad: al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Este único Dios - Uno y Trino a la vez - es un misterio inefable de la fe. Verdaderamente Él "habita en una luz inaccesible" (1 Tm 6,16).

Y, al mismo tiempo, el Dios infinito ha permitido que le abrace el Corazón de un Hombre cuyo nombre es Jesús de Nazaret, Jesucristo. Y a través del Corazón del Hijo, Dios Padre se acerca también a nuestros corazones y viene a ellos. Y así cada uno de nosotros es bautizado "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". Cada uno de nosotros está inmerso, desde el principio, en el Dios Uno y Trino, en el Dios vivo, en el Dios vivificante. A este Dios lo confesamos como Espíritu Santo que, procediendo del Padre y del Hijo, "da la vida". El Corazón de Jesús fue "formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen Madre". El Dios que "da la vida" y "se entrega al hombre" comenzó la obra de su economía salvífica haciéndose hombre. Justamente en la concepción virginal y en su nacimiento de María, comienza su corazón humano "formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen Madre".

A este Corazón queremos venerar durante el mes de junio. A este Corazón hoy mismo queremos hacerle singular fiduciario de nuestros pobres corazones humanos, de los corazones probados de diversas maneras, oprimidos de diversos modos. Y también de los corazones confiados en la potencia de Dios y en la potencia salvífica de la Santísima Trinidad. María, Madre Virgen, que conoces mejor que nosotros el Corazón Divino de tu Hijo, únete a nosotros hoy en esta adoración a la Santísima Trinidad e igualmente en la humilde oración por la Iglesia y el mundo. Tu sola eres la guía de nuestra plegaria.

**DIA 16°.**

**"NOSOTROS HEMOS CONOCIDO EL AMOR QUE DIOS NOS TIENE Y HEMOS CREÍDO EN ÉL"**

(Papa Benedicto XVI)

Las palabras del profeta Isaías, "sacaréis agua con gozo de las fuentes de la salvación" (Is 12, 3), con las que comienza la encíclica con la que Pío XII recordaba el primer centenario de la extensión a toda la Iglesia de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, no han perdido nada de su significado hoy, cincuenta años después. La encíclica Haurietis aquas, al promover el culto al Corazón de Jesús, exhortaba a los creyentes a abrirse al misterio de Dios y de su amor, dejándose transformar por él. Cincuenta años después, sigue siendo siempre actual la tarea de los cristianos de continuar profundizando en su relación con el Corazón de Jesús para reavivar en sí mismos la fe en el amor salvífico de Dios, acogiéndolo cada vez mejor en su vida.

El costado traspasado del Redentor es la fuente a la que nos invita a acudir la encíclica Haurietis aquas: debemos recurrir a esta fuente para alcanzar el verdadero conocimiento de Jesucristo y experimentar más a fondo su amor. Así podremos comprender mejor lo que significa conocer en Jesucristo el amor de Dios, experimentarlo teniendo puesta nuestra mirada en él, hasta vivir completamente de la experiencia de su amor, para poderlo testimoniar después a los demás.

En efecto, como escribió mi venerado predecesor Juan Pablo II, "junto al Corazón de Cristo, el corazón del hombre aprende a conocer el sentido verdadero y único de su vida y de su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a evitar ciertas perversiones del corazón humano, a unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo. Así -y esta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador- sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, se podrá construir la civilización del Corazón de Cristo" (Carta de Juan Pablo II al prepósito general de la Compañía de Jesús, 5 de octubre de 1986: L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 19 de octubre de 1986, p. 4).

En la encíclica Deus caritas est cité la afirmación de la primera carta de san Juan: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él", para subrayar que en el origen del ser cristianos está el encuentro con una Persona (cf. n. 1). Dado que Dios se manifestó del modo más profundo a través de la encarnación de su Hijo, haciéndose "visible" en él, es en la relación con Cristo donde podemos reconocer quién es verdaderamente Dios (cf. Haurietis aquas, 29-41; Deus caritas est, 12-15).

**DIA 17°.**

**"TANTO AMÓ DIOS AL MUNDO QUE DIO A SU HIJO ÚNICO”**

(Papa Benedicto XVI)



Más aún, dado que el amor de Dios encontró su expresión más profunda en la entrega que Cristo hizo de su vida por nosotros en la cruz, es sobre todo al contemplar su sufrimiento y su muerte como podemos reconocer de manera cada vez más clara el amor sin límites que Dios nos tiene: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3, 16).

Por lo demás, este misterio del amor que Dios nos tiene no sólo constituye el contenido del culto y de la devoción al Corazón de Jesús: es, al mismo tiempo, el contenido de toda verdadera espiritualidad y devoción cristiana. Por tanto, es importante subrayar que el fundamento de esta devoción es tan antiguo como el cristianismo. En efecto, sólo se puede ser cristiano dirigiendo la mirada a la cruz de nuestro Redentor, "al que traspasaron" (Jn 19, 37; cf. Zc 12, 10). La encíclica Haurietis aquas recuerda, con razón, que la herida del costado y las de los clavos han sido para innumerables almas los signos de un amor que ha transformado cada vez más eficazmente su vida (cf. n. 52). Reconocer el amor de Dios en el Crucificado se ha convertido para ellas en una experiencia interior que les ha llevado a confesar, como santo Tomás: "¡Señor mío y Dios mío!" (Jn 20, 28), permitiéndoles alcanzar una fe más profunda acogiendo sin reservas el amor de Dios (cf. Haurietis aquas, 49).

El significado más profundo de este culto al amor de Dios sólo se manifiesta cuando se considera más atentamente su contribución no sólo al conocimiento sino también, y sobre todo, a la experiencia personal de ese amor en la entrega confiada a su servicio (cf. ib., 62). Obviamente, experiencia y conocimiento no pueden separarse: están íntimamente relacionados. Por lo demás, conviene destacar que un auténtico conocimiento del amor de Dios sólo es posible en el contexto de una actitud de oración humilde y de generosa disponibilidad. Partiendo de esta actitud interior, la mirada puesta en el costado traspasado por la lanza se transforma en silenciosa adoración. La mirada puesta en el costado traspasado del Señor, del que brotan "sangre y agua" (cf. Jn 19, 34), nos ayuda a reconocer la multitud de dones de gracia que de allí proceden (cf. Haurietis aquas, 34-41) y nos abre a todas las demás formas de devoción cristiana que están comprendidas en el culto al Corazón de Jesús.

La fe, entendida como fruto de la experiencia del amor de Dios, es una gracia, un don de Dios. Pero el hombre sólo podrá experimentar la fe como una gracia en la medida en la que la acepta dentro de sí como un don, del que trata de vivir. El culto del amor de Dios, al que la encíclica Haurietis aquas (cf. n. 72) invitaba a los fieles, debe ayudarnos a recordar incesantemente que él cargó con este sufrimiento voluntariamente "por nosotros", "por mí". Cuando practicamos este culto, no sólo reconocemos con gratitud el amor de Dios, sino que seguimos abriéndonos a este amor de manera que nuestra vida quede cada vez más modelada por él.

Dios, que ha derramado su amor "en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado"), nos invita incesantemente a acoger su amor. Por consiguiente, la invitación a entregarse totalmente al amor salvífico de Cristo (cf. Haurietis aquas, 4) tiene como primera finalidad la relación con Dios. Por eso, este culto, totalmente orientado al amor de Dios que se sacrifica por nosotros, reviste una importancia insustituible para nuestra fe y para nuestra vida en el amor.

Quien acepta el amor de Dios interiormente queda modelado por él. El hombre vive la experiencia del amor de Dios como una "llamada" a la que tiene que responder. La mirada dirigida al Señor, que "tomó sobre sí nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades" (Mt 8, 17), nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a las necesidades de los demás. La contemplación, en la adoración, del costado traspasado por la lanza nos hace sensibles a la voluntad salvífica de Dios. Nos hace capaces de abandonarnos a su amor salvífico y misericordioso, y al mismo tiempo nos fortalece en el deseo de participar en su obra de salvación, convirtiéndonos en sus instrumentos.

**DIA 18°.**

**“FELICES LOS DE CORAZÓN PURO PORQUE ELLOS VERÁN A DIOS.”**

Benedicto XVI. Deus caritas Est.



Si queremos ver el verdadero amor, definir el verdadero amor, tenemos que mirar al costado traspasado de Jesús. El centurión romano puso su lanza en el costado de Jesús y la metió en su corazón. Salió sangre y agua. En su corazón traspasado se unen el apasionado amor del eros y al amor desinteresado del ágape. El Hijo de Dios nos ama con una intensidad que se expresa en el don total de sí mismo. Sólo el amor de Jesús puede llenar nuestro vacío porque como observó Christopher West es gratis, total, fiel, y fructífero. Este es el verdadero amor para el que Dios nos creó: la unión con El.

El amor apasionado y desinteresado del Hijo de Dios alcanzó su clímax en la cruz. Y se hace presente ahora en cada celebración de la Eucaristía. Ahí Jesús se ofrece totalmente al Padre y a nosotros, uniéndosenos en la comunión. Su Corazón Eucarístico llena nuestros corazones con amor y nosotros recibimos el poder de amar con corazones puros.

En las Bienaventuranzas Jesús declaró: “Felices los de corazón puro porque ellos verán a Dios.”

La pureza de corazón lleva al amor verdadero. Los puros de corazón como Jesús y su Madre se llenarán de amor y verán a Dios. Los que como Jesús tienen el corazón puro, compartirán su íntima relación con el Padre. Llenos de esperanza dirán con San Pablo: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.”

San Pablo pidió que los Efesios sean “fortalecidos interiormente con el poder del Espíritu. ¿Para qué? Para que “Cristo viva en sus corazones por la fe, para que enraizados en el amor tengan la fuerza para comprender con los santos cual es el ancho, largo y profundidad del amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento, para que se llenen del amor de Dios.” Los de corazón puro no tienen problema para ser llenados con el amor de Dios. Su visión es pura, capaz de ver a Dios claramente, sin distracción o distorsión.

Llenos del amor de Dios que se derrama del Corazón de Cristo para todos sus hijos. El 2002 la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada dijo “La Virginidad abre el corazón a Cristo y hace posible amar como Él amó.” El corazón puro no ve a otras personas como objetos de placer. Cuando uno está lleno del amor de Dios ama a los otros con un amor puro. Limpieza de corazón significa no solo ser limpio de la mancha de pecado sino estar 100% entregado a la voluntad de Dios. Pureza de corazón es ver a los otros como los ve Dios y desear lo que Dios desea de ellos.

El verdadero amor –que no se busca a sí mismo – es un acto de la voluntad. Los consagrados que conocen la profundidad del amor de Dios revelado en el Corazón de Jesús son libres para amar con el mismo amor sacrificial con que amó Jesús. El gran misterio es que amando así no nos vaciamos sino que nos llenamos, el amor crece al amar.

**DIA 19°.**

**LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JE*S*ÚS.**

(PIO XI)

Causa de muchos bienes

Pues bien: venerables hermanos, así como la devoción de la consagración, en sus comienzos humilde, extendida después, empieza a tener su deseado esplendor con nuestra confirmación, así la devoción de la expiación o reparación, desde un principio santamente introducida y santamente propagada.

Nos deseamos mucho que, más firmemente sancionada por nuestra autoridad apostólica, más solemnemente se practique por todo el universo católico. A este fin disponemos y mandamos que cada año en la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús —fiesta que con esta ocasión ordenamos se eleve al grado litúrgico de doble de primera clase con octava— en todos los templos del mundo se rece solemnemente el acto de reparación al Sacratísimo Corazón de Jesús, cuya oración ponemos al pie de esta carta para que se reparen nuestras culpas y se resarzan los derechos violados de Cristo, Sumo Rey y amantísimo Señor.

No es de dudar, venerables hermanos, sino que de esta devoción santamente establecida y mandada a toda la Iglesia, muchos y preclaros bienes sobrevendrán no sólo a los individuos, sino a la sociedad sagrada, a la civil y a la doméstica, ya que nuestro mismo Redentor prometió a Santa Margarita María «que todos aquellos que con esta devoción honraran su Corazón, serían colmados con gracias celestiales».

Los pecadores, ciertamente, «viendo al que traspasaron»(46), y conmovidos por los gemidos y llantos de toda la Iglesia, doliéndose de las injurias inferidas al Sumo Rey, «volverán a su corazón»(47); no sea que obcecados e impenitentes en sus culpas, cuando vieren a Aquel a quien hirieron «venir en las nubes del cielo»(48), tarde y en vano lloren sobre E1(49).

Los justos más y más se justificarán y se santificarán, y con nuevas fervores se entregarán al servicio de su Rey, a quien miran tan menospreciado y combatido y con tantas contumelias ultrajado; pero especialmente se sentirán enardecidos para trabajar por la salvación de las almas, penetrados de aquella queja de la divina Víctima: «¿Qué utilidad en mi sangre?»(50); y de aquel gozo que recibirá el Corazón sacratísimo de Jesús «por un solo pecador que hiciere penitencia»(51).

Especialmente anhelamos y esperamos que aquella justicia de Dios, que por diez justos movido a misericordia perdonó a los de Sodoma, mucho más perdonará a todos los hombres, suplicantemente invocada y felizmente aplacada por toda la comunidad de los fieles unidos con Cristo, su Mediador y Cabeza.

La Virgen Reparadora

15. Plazcan, finalmente, a la benignísima Virgen Madre de Dios nuestros deseos y esfuerzos; que cuando nos dio al Redentor, cuando lo alimentaba, cuando al pie de la cruz lo ofreció como hostia, por su unión misteriosa con Cristo y singular privilegio de su gracia fue, como se la llama piadosamente, reparadora.

**DIA 20°**

**«CORAZÓN DE JESÚS, FUENTE DE VIDA Y SANTIDAD**

(S. Juan Pablo II)

Así lo invocamos en las letanías. Todo lo que Dios quería decirnos de sí mismo y de su amor, lo depositó en el Corazón de Jesús y lo expresó mediante este Corazón. Nos encontramos frente a un misterio inescrutable. A través del Corazón de Jesús leemos el eterno plan divino de la salvación del mundo. Y se trata de un proyecto de amor. Las letanías que hemos cantado contienen de modo admirable toda esta verdad.

Hoy hemos venido aquí para contemplar el amor del Señor Jesús, su bondad, que se compadece de todo hombre; para contemplar su Corazón ardiente de amor por el Padre, en la plenitud del Espíritu Santo. Cristo nos ama y nos muestra su Corazón como fuente de vida y santidad, como fuente de nuestra redención. Para comprender de modo más profundo esta invocación, tal vez es preciso volver al encuentro de Jesús con la samaritana, en la pequeña localidad de Sicar, junto al pozo, que se encontraba allí desde los tiempos del patriarca Jacob. Había acudido para sacar agua. Entonces Jesús le dijo: «Dame de beber», ella le replicó: «¿cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?». El evangelista añade que los judíos no se trataban con los samaritanos. Jesús, entonces, le dijo: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice "dame de beber", tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva (...); el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que salta hasta la vida eterna» (Jn 4, 1-14). Palabras misteriosas.

Jesús es la fuente; de él brota la vida divina en el hombre. Sólo hace falta acercarse a él, permanecer en él, para tener esa vida. Y esa vida no es más que el inicio de la santidad del hombre, la santidad de Dios, que el hombre puede alcanzar con la ayuda de la gracia. Todos anhelamos beber del Corazón divino, que es fuente de vida y santidad.

3. «Dichosos los que respetan el derecho y practican siempre la justicia» (Sal 106, 3).

Queridos hermanos y hermanas, la meditación del amor de Dios, que se nos ha revelado en el Corazón de su Hijo, exige del hombre una respuesta coherente. No sólo hemos sido llamados a contemplar el misterio del amor de Cristo, sino también a participar en él. Cristo dice: «Si me amáis, cumpliréis mis mandamientos» (Jn 14, 15). Así, al mismo tiempo que nos dirige una gran llamada, nos pone una condición: si quieres amarme, cumple mis mandamientos, cumple la santa ley de Dios, sigue el camino que Dios te ha señalado y que yo te he indicado con el ejemplo de mi vida.

**DIA 21°**

**“DONDE ESTÁ TU TESORO, AHÍ ESTÁ TU CORAZÓN”**

**(LC 12,34).**



El corazón humano y divino de Jesús sabía que no podemos llevar los bienes de este mundo al otro. Sabía dónde está la verdadera riqueza: solo en el Amor del Padre. Interpeló a sus seguidores: “Donde está tu tesoro, ahí está tu corazón” (Lc 12,34). Y con fuerza: “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre al Reino de Dios.” (Lc 18,25). Todo el que desee estar cerca de Dios debe entregarlo todo. Las manos que se agarran a las cosas no están libres para recibir el don mayor. Los substitutos de Dios –los ídolos materiales a los que somos tentados a aferrarnos- nos cierran a la verdadera riqueza que es Dios mismo. Juan Pablo II escribió: “La Pobreza proclama que Dios es el único tesoro del hombre.”

Nuestro voto de pobreza no sólo nos abre al amor de Dios sino también al amor al prójimo. Lleno del amor a Dios, el Corazón de Jesús tiene espacio para todos, porque el amor del Padre abarca a todos sus hijos. Y hay un lugar especial en el Corazón de Jesús para los pobres. Juan Pablo II nos recuerda: “Al comienzo de su ministerio, en la sinagoga de Nazaret, Jesús anuncia que el Espíritu lo ha consagrado para anunciar la Buena Noticia a los pobres, proclamar la libertad a los cautivos, dar la vista a los ciegos, liberar a los oprimidos… (Lc 4:16-19).”

La Iglesia continúa la misión de Jesús comprometido con los pobres. Los que por los consejos evangélicos nos configuramos de cerca con Cristo compartimos la opción preferencial por los pobres. Juan Pablo II sigue: “La opción por el pobre es inherente a la esencia del amor vivido en Cristo. Por eso todos los discípulos de Cristo siguen esa opción, pero los llamados a seguir más de cerca al Señor, imitando sus actitudes, no pueden sino comprometerse de forma especial. La sinceridad de su respuesta al Amor de Cristo los lleva a una vida de pobreza y a abrazar la causa de los pobres.”

Cuando se vive, el voto de pobreza configura los corazones de los consagrados al Corazón pobre de Jesús. Vaciados de todo, los consagrados se llenan del amor de Dios y con el amor de Jesús por los pobres. Porque conocemos a Cristo y el amor que su Corazón revela, podemos decir con San Pablo: “Todo lo que he ganado lo considero basura a causa de Cristo. Más aún, todo lo considero una pérdida por el supremo bien de conocer a Cristo Jesús mi Señor. Por El acepto la pérdida de todas las cosas y las considero nada para poder ganar a Cristo y ser encontrado en El…” (Fil 3,7-9).

**DIA 22°.**

**EL CORAZÓN DE JESUS Y LA EUCARISTIA**



Significación del culto del culto rendido al corazón eucarístico

Pío XI y Pío XII han visto en el culto tributado al corazón de Jesús el “compendio de toda religión” cristiana y, por e hecho mismo, la “regla de la perfección cristiana”. Pío XII ha precisado claramente cómo este culto sintetiza todo el dogma y toda la moral: “Se trata del culto del amor con el que Dios nos ha amado por medio de Jesús, a la vez, a la vez que es el ejercicio del amor que nosotros tenemos a Dios y a los demás hombres”.

Paralelamente, el Vaticano II nos presenta – y con maravillosa insistencia – “la celebración del sacrificio eucarístico” como “la raíz, el centro y la cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana. La eucaristía, añade el concilio, “contiene todo el tesoro espiritual de la Iglesia” y es la fuente y la cima de toda la evangelización”. De esta comparación se sigue una constante: el magisterio de la Iglesia nos insinúa (es lo menos que podía decirse) que el sacrificio eucarístico, por una parte, y el culto rendido al corazón de Jesús, por otra, son ambos el centro de la vida del cristiano y de la propia Iglesia ¿Cómo no iban a ser entonces también los centros de irradiación de sus pensamientos? Si el mundo y la Iglesia tienen como razón de ser al señor presente de una forma gloriosa, aunque escondida, y soberanamente amante en la eucaristía, si la acción amante de Cristo eucarístico es la razón de ser suprema del obrar de la Iglesia, ¿cómo no concluir que este obrar inmanente que es la reflexión teológica debe tomar como punto de partida al Cristo actualmente amante y actuante en la eucaristía y elaborar así una síntesis en torno a este misterio de los misterios, resumiendo ante todo los dos polos de atracción aquí evocados, el corazón de Cristo y su eucaristía? De nuevo el magisterio nos sirve de guía en este intento de síntesis de dos síntesis cuando nos propone tributar un “culto particular al corazón eucarístico de Jesús” y nos especifica simultáneamente su objeto:

“No percibimos bien la fuerza del amor que impulsó a Cristo a entregarse a nosotros en alimento espiritual si no es honrando con un culto particular al corazón eucarístico de Jesús, que tiene como finalidad recordarnos, según las palabras de nuestro predecesor de feliz memoria León XIII, el “acto de amor supremo con el que nuestro Redentor, derramando todas las riquezas de su corazón instituyó el adorable sacramento de la eucaristía a fin de permanecer con nosotros hasta el fin de los siglos. Y Ciertamente que no es una mínima parte de su corazón”.

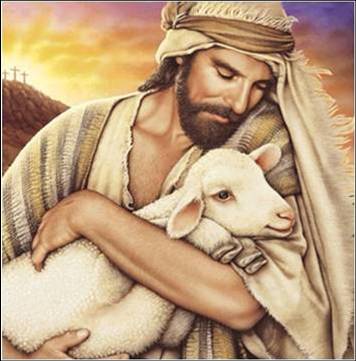
La Iglesia honrando al Corazón eucarístico de Jesús, quiere adorar, amar y alabar el doble acto de amor, increado y creado, eterno y temporal, divino y humano, teándrico en una palabra, con el que el Verbo encarnado y humanizado decidió aplicar para siempre los frutos de su sacrificio redentor renovándolo en el curso de la historia, e incorporarse así la humanidad en una unión mucho más íntima que la de la Esposa y la del Esposo con el poder se su Espíritu para gloria de su padre. ¿No es en la institución de la eucaristía donde alcanzan su punto culminante los tres fines jerarquizados de la encarnación redentora: la salvación del mundo, la exaltación del Hijo del hombre, que atrae todo a sí; la gloria del Padre, que todo lo recapitula en su Bienamado?

Veamos, en efecto, la finalidad de la institución de la eucaristía que nos presenta el papa Pío XII: “A fin de permanecer con nosotros hasta el fin de los siglos”; dicho de otra manera, hasta el fin de la historia universal. ¿Por qué? Precisamente Cristo quiere permanecer con nosotros para salvarnos aplicándonos los méritos de su pasión, y de este modo ser amado por nosotros y poder luego ofrecernos a su padre en Él y con ÉL. Es nuestro amor al Hijo único e que nos salva glorificándole; manifestándonos las riquezas de su amor en la eucaristía nos da el que le amemos a Él y glorifiquemos al Padre, fuente y termino supremo de este amor.

**DIA 23°.**

**CORAZÓN DE JESÚS SÍMBOLO POR EXCELENCIA DE LA MISERICORDIA DE DIOS**

(Papa Francisco)

La piedad popular valoriza mucho los símbolos, y el Corazón de Jesús es el símbolo por excelencia de la misericordia de Dios; pero no es un símbolo imaginario, es un símbolo real, que representa el centro, la fuente de la que ha brotado la salvación para la entera humanidad.

En los Evangelios encontramos diversas referencias al Corazón de Jesús, por ejemplo en el pasaje en el que el mismo Cristo dice: «Venid a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad mi yugo y aprended de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontraréis vuestro alivio» (Mt 11,28-29). El relato de la muerte de Cristo según Juan es fundamental. Este evangelista testimonia de hecho aquello que vio en el Calvario, o sea que un soldado, cuando Jesús ya estaba muerto, le atravesó el costado con la lanza, y en seguida brotó sangre y agua (cfr Jn 19,33-34). Juan reconoció en aquel signo, aparentemente casual, el cumplimiento de las profecías: del corazón de Jesús, Cordero inmolado sobre la cruz, brota el perdón y la vida para todos los hombres.

Pero la misericordia de Jesús no es sólo sentimiento, es más, es una fuerza que da vida, ¡que resucita al hombre! Nos lo dice también el Evangelio de hoy, en el episodio de la viuda de Naím (Lc 7,11-17). Jesús acompañado de sus discípulos está llegando justamente a una ciudad llamada Naím, un pueblo de Galilea, en el momento en el que llevaban a enterrar al hijo único de una mujer viuda. La mirada de Jesús se fijó inmediatamente en la mujer en lágrimas. Dice el evangelista Lucas: «Al verla, el Señor se conmovió» (v. 13). Esta «compasión» es el amor de Dios por el hombre, es la misericordia, o sea la actitud de Dios en contacto con la miseria humana, con nuestra indigencia, nuestro sufrimiento, nuestra angustia. El término bíblico «compasión» evoca las entrañas maternas: de hecho, la madre experimenta una reacción exclusivamente suya frente al dolor de los hijos. Así nos ama Dios, dice la Escritura.

Y ¿cuál es el fruto de este amor? ¡Es la vida! Jesús dice a la viuda de Naím:«¡No llores!», luego llamó al muchacho muerto y lo despertó como de un sueño (cfr vv. 13-15). Pensemos en esto. Es bello. La misericordia de Dios da vida al hombre, lo resucita de la muerte. El Señor nos mira siempre con misericordia, nos espera con misericordia. ¡No tengamos miedo de acercarnos a Él! ¡Tiene un corazón misericordioso! Si le mostramos nuestras heridas interiores, nuestros pecados, Él nos perdona siempre. ¡Es pura misericordia! No olvidemos esto: es pura misericordia. ¡Vayamos a Jesús!

Dirijámonos a la Virgen María: su corazón inmaculado, corazón de madre, ha compartido al máximo la «compasión» de Dios, especialmente a la hora de la pasión y de la muerte de Jesús. Que María nos ayude a ser mansos, humildes y misericordiosos con nuestros hermanos.

Tener un corazón misericordioso no significa tener un corazón débil. Quien desea ser misericordioso necesita un corazón fuerte, firme, cerrado al tentador, pero abierto a Dios. Un corazón que se deje impregnar por el Espíritu y guiar por los caminos del amor que nos llevan a los hermanos y hermanas. En definitiva, un corazón pobre, que conoce sus propias pobrezas y lo da todo por el otro.

Por esto, queridos hermanos y hermanas, deseo orar con ustedes a Cristo: "Fac cor nostrum secundum Cor tuum": "Haz nuestro corazón semejante al tuyo" (Súplica de las Letanías al Sagrado Corazón de Jesús). De ese modo tendremos un corazón fuerte y misericordioso, vigilante y generoso, que no se deje encerrar en sí mismo y no caiga en el vértigo de la globalización de la indiferencia.

**DIA 24°.**

**"MIRARÁN AL QUE TRASPASARON"**

(S. Juan Pablo II)



Quiero detenerme con vosotros ante este Corazón, al que se dirige la Iglesia como comunidad de corazones humanos. Quiero hablar, siquiera brevemente de este misterio tan humano, en el que con tanta sencillez y a la vez con profundidad y fuerza se ha revelado Dios.

Hoy dejamos hablar a los textos de la liturgia del viernes, comenzando por la lectura del Evangelio según Juan. El Evangelista refiere un hecho con la precisión del testigo ocular. "Los judíos, como era el día de la Parasceve, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el día de sábado, por ser día grande aquel sábado, rogaron a Pilato que les rompiesen las piernas y los quitasen. Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que estaba crucificado con Él; pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua" (Jn 19, 31-34).

El evangelista habla solamente del golpe con la lanza en el costado, del que salió sangre y agua. El lenguaje de la descripción es casi médico, anatómico. La lanza del soldado hirió ciertamente el Corazón, para comprobar si el Condenado ya estaba muerto. Este Corazón -este corazón humano- ha dejado de latir. Jesús ha dejado de vivir. Pero, al mismo tiempo, esta apertura anatómica del Corazón de Cristo, después de la muerte -a pesar de toda la "crudeza" histórica del texto- nos induce a pensar incluso a nivel de metáfora. El corazón no es sólo un órgano que condiciona la vitalidad biológica del hombre. El corazón es un símbolo. Habla de todo el hombre interior. Habla de la interioridad espiritual del hombre. Y la tradición entrevió rápidamente este sentido de la descripción de Juan. Por lo demás, en cierto sentido, el mismo Evangelista ha inducido a esto cuando, refiriéndose al testimonio del testigo ocular, que era él mismo, ha hecho referencia, a la vez, a esta frase de la Escritura: "Mirarán al que traspasaron" (Jn 19, 37; Zac 12, 10).

En realidad así mira la Iglesia; así mira la humanidad. Y de hecho, en la transfixión de la lanza del soldado todas las generaciones de cristianos han aprendido y aprenden a leer el misterio del Corazón del Hombre crucificado, que era el Hijo de Dios.

Es diversa la medida del conocimiento que de este misterio han adquirido muchos discípulos y discípulas del Corazón de Cristo, en el curso de los siglos. Uno de los protagonistas en este campo fue ciertamente Pablo de Tarso, convertido de perseguidor en Apóstol. También nos habla él en la liturgia del próximo viernes con las palabras de la Carta a los efesios. Habla como el hombre que ha recibido una gracia grande, porque se le ha concedido "anunciar a los gentiles la insondable riqueza de Cristo e iluminar a todos acerca de la dispensación del misterio oculto desde los siglos en Dios, Creador de todas las cosas" (Ef 3, 8-9). Esa "riqueza de Cristo" es, al mismo tiempo, el "designio eterno de salvación" de Dios que el Espíritu Santo dirige al "hombre interior", para que así "Cristo habite por la fe en nuestros corazones" (Ef 3, 16-17). Y cuando Cristo, con la fuerza del Espíritu, habite por la fe en nuestros corazones humanos, entonces estaremos en disposición "de comprender con nuestro espíritu humano" (es decir, precisamente con este "corazón") "cuál es la anchura, la longura, la altura y la profundidad, y conocer la Caridad de Cristo, que supera toda ciencia..." (Ef 3, 18-19).

Para conocer con el corazón, con cada corazón humano, fue abierto, al final de la vida terrestre, el Corazón divino del Condenado y Crucificado en el Calvario. Es diversa la medida de este conocimiento por parte de los corazones humanos. Ante la fuerza de las palabras de Pablo, cada uno de nosotros pregúntese a sí mismo sobre la medida del propio corazón. "...Aquietaremos nuestros corazones ante Él, porque si nuestro corazón nos arguye, mejor que nuestro corazón es Dios, que todo lo conoce" (1 Jn 3, 19-20).

**DIA 25°.**

**MI ÚNICO MÉRITO ES LA MISERICORDIA DEL SEÑOR.**

(San Bernardo)



Levántate, amada mía, esposa mía y ven. El Esposo pondera su gran amor repitiendo palabras amorosas. Paloma mía, que anidas en los huecos de la peña, en las grietas de la cerca, déjame ver tu rostro, déjame escuchar tu voz.. «Los huecos de la peña», son las llagas de Cristo. Con toda propiedad, porque la roca es Cristo. Buenos son esos huecos si afianzan la fe en la resurrección y la divinidad de Cristo. ¡Señor mío y Dios mío!, dijo Tomás. ¿Dónde se inspira este oráculo sino en los huecos de la peña? Allí el gorrión ha encontrado una casa y la tórtola un nido donde colocar sus polluelos; allí se torna paloma y mira intrépida al gavilán que revuela a su alrededor. Por eso dice: Paloma mía que anidas en los huecos de la peña. Y la paloma exclama: Me alzó sobre la roca. Y también: Me ha levantado sobre la roca.

El hombre sensato edifica su casa sobre roca, y no teme las embestidas de los vientos o de las inundaciones. ¿Qué no me reportará la roca? En la roca me afianzo, en la roca me siento seguro, en la roca me mantengo firme. Seguro ante el enemigo y firme ante la caída, porque me ha levantado sobre la tierra. Todo es incierto y caduco, todo es tierra. Nosotros somos del cielo y no tememos ni caernos ni que nos derriben.

La roca está en el cielo y en ella encontramos firmeza y seguridad. Las peñas son madriguera de erizos. ¿Dónde podrá encontrar nuestra debilidad un descanso seguro y tranquilo, sino en las llagas del Salvador? En ellas habito con plena seguridad, porque sé que él puede salvarme. Grita el mundo, me oprime el cuerpo, el diablo me tiende asechanzas; pero yo no caigo, porque estoy cimentado sobre roca firme. Si cometo un gran pecado me remorderá mi conciencia, pero no perderé la paz acordándome de las llagas del Salvador.

El, en efecto, fue traspasado por nuestras rebeliones. ¿Qué hay tan mortífero que no haya sido destruido por la muerte de Cristo? Por esto, si me acuerdo de este remedio tan poderoso y eficaz, ya no me atemoriza ninguna dolencia por maligna que sea.

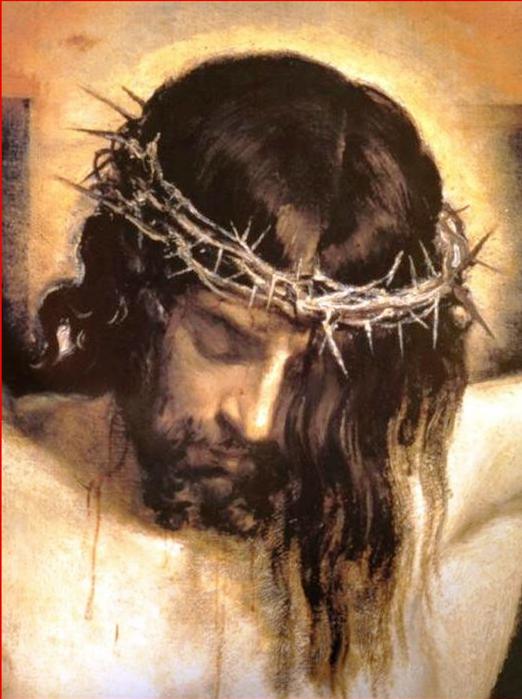
Por eso se equivocó aquel que dijo: Mi culpa es demasiado grande para merecer el perdón. No podía atribuirse ni llamar suyos los méritos de Cristo, porque no era miembro del cuerpo cuya cabeza es el Señor. Pero yo tomo de las entrañas del Señor lo que me falta, pues sus entrañas rebosan misericordia entre los huecos por los que fluye. Agujerearon sus manos y pies, atravesaron su costado con una lanza. Y a través de esas hendiduras puedo libar miel silvestre y aceite de rocas de pedernal, es decir, puedo gustar y ver qué bueno es el Señor. Sus designios eran designios de paz y yo lo ignoraba.

Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién fue su consejero? Pero el clavo penetrante se ha convertido para mí en llave que me ha descubierto la voluntad del Señor. ¿Por qué no he e mirar a través de esa hendidura? 3 Tanto el clavo como las llagas proclaman que en verdad Dios está en Cristo reconciliando al mundo consigo. Una lanza atravesó su alma hasta cerca del corazón. Ya no es incapaz de compadecerse de mis debilidades. Las heridas que recibió su cuerpo nos descubren los secretos de su corazón; nos permiten contemplar el gran misterio de compasión, la entrañable misericordia de nuestro Dios, por la que nos ha visitado el sol que nace de lo alto. ¿Por qué no hemos de admitir que las llagas nos dejan ver esas entrañas? No tenemos otro medio más claro que tus llagas para comprender, Señor, que tú eres bueno y clemente, rico en misericordia. Porque no hay amor más grande que dar la vida por los consagrados y por los condenados. Luego mi único mérito es la misericordia del Señor. No puedo ser pobre en méritos si él es rico en misericordia. Y si la misericordia del Señor es grande, muchos serán mis méritos.

**DIA 26°.**

**CORAZÓN DE JESUS ABISMO DE TODAS LAS VIRTUDES**

(S. Juan Pablo II)

Bajo el Corazón de la Madre fue concebido el Hombre. El Hijo de Dios fue concebido como Hombre. Para venerar el momento de esta Concepción, es decir, el misterio de la Encarnación, nos unimos en la plegaria del Ángelus. Bajo la luz del momento de la Concepción, bajo la luz del misterio de la Encarnación miramos toda la vida de Jesús, nacido de María. Siguiendo las invocaciones de las Letanías, tratamos de describir en cierto sentido esta vida desde el interior: a través del Corazón.

En el corazón reside la profundidad del hombre. Y, en todo caso, indica la medida de esa profundidad, tanto en la experiencia interior de cada uno de nosotros, como en la comunicación interhumana. La profundidad de Jesucristo, indicada con la medida de su Corazón, es incomparable. Supera la profundidad de cualquier otro hombre, porque no es solamente humana, sino al mismo tiempo divina.

Esta divina-humana profundidad del Corazón de Jesús es la profundidad de las virtudes: de todas las virtudes. Como un verdadero hombre Jesús expresa el lenguaje interior de su Corazón mediante las virtudes. En efecto, analizando su conducta se pueden descubrir e identificar todas estas virtudes, como históricamente emergen del conocimiento de la moral humana: las virtudes cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza) y las otras que derivan de ellas. (Estas virtudes las han poseído en grado elevado los santos siempre con la gracia divina)

La invocación de las Letanías habla de forma muy bella de un "abismo" de las virtudes de Jesús. Este abismo, esta profundidad, significa un grado especial de la perfección de cada una de las virtudes y su poder particular. Esta profundidad y poder de cada una de las virtudes proviene del amor. Cuanto más enraizadas están en el amor todas las virtudes, tanto mayor es su profundidad.

Hay que añadir que, además del amor, también la humildad decide la profundidad de las virtudes, Jesús dijo: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11,29).

**DIA 27°.**

**CORAZÓN DE JESÚS PAZ Y RECONCILIACION NUESTRA**

(S. Juan Pablo II)

Jesús es nuestra paz. Es bien conocido el significado bíblico del término "paz": indica, en síntesis, la suma de los bienes que Jesús, el Mesías, ha traído, a los hombres. Por esto, el don de la paz marca el inicio de Su misión sobre la tierra, acompaña su desarrollo y constituye su coronamiento. "Paz" cantan los ángeles junto al pesebre del recién nacido "Príncipe de la Paz" (Lc. 2,14; Is 9,5). "Paz" es el deseo que brota del Corazón de Cristo, conmovido ante la miseria del hombre enfermo en el cuerpo (Lc. 8,48)o en el espíritu (Lc. 7,50). "Paz" es el saludo luminoso del Resucitado a Sus discípulos (Lc. 24,36; Jn 20,19.26), que Él, en el momento de dejar esta tierra, confía a la acción del Espíritu Santo, manantial de "amor, alegría, paz" (Gal 5,22).

Jesús es nuestra reconciliación. Como consecuencia del pecado se produjo una profunda y misteriosa fractura entre Dios, el Creador, y el hombre, su criatura. Toda la historia de la salvación no es más que la narración admirable de las intervenciones de Dios en favor del hombre a fin de que éste, en la libertad y en el amor, vuelva a Él; a fin de que a la situación de fractura suceda una situación de reconciliación y de amistad, de comunión y de paz.

En el Corazón de Cristo, lleno de Amor hacia el Padre y hacia los hombres, sus hermanos, tuvo lugar la perfecta reconciliación entre el Cielo y la tierra: "Fuimos reconciliados con Dios - dice el Apóstol - por la muerte de su Hijo" (Rom 5,10). Quien quiera hacer la experiencia de la reconciliación y de la paz, debe acoger la invitación del Señor y acudir a Él (Mt 11,28). En Su Corazón encontrará paz y descanso; allí, su duda se transformará en certidumbre; el ansia, en quietud; la tristeza, en gozo; la turbación, en serenidad. Allí encontrará alivio al dolor, valor para superar el miedo, generosidad para no rendirse al envilecimiento y para volver a tomar el camino de la esperanza.

El Corazón de la Madre es en todo semejante al Corazón del Hijo. También la Bienaventurada Virgen es para la Iglesia una presencia de paz y de reconciliación: ¿No es Ella quien, por medio del ángel Gabriel, recibió el mayor mensaje de reconciliación y de paz que Dios haya jamás enviado al género humano (Lc. 1,26-38)?

María dio a luz a Aquel que es nuestra reconciliación. Ella estaba al pie de la Cruz cuando, en la Sangre del Hijo, Dios "reconcilió con El todas las cosas" (Col 1,20). Ahora, glorificada en el cielo, tiene -como recuerda una plegaria litúrgica- "un corazón lleno de Misericordia hacia los pecadores, que, volviendo la mirada a su caridad materna, en Ella se refugian e imploran el perdón de Dios". (Misal Prefacio De Beata María Virgine).

Que María, Reina de la Paz, nos obtenga de Cristo el don mesiánico de la paz y la gracia de la reconciliación, plena y perenne, con Dios y con los hermanos.

¿No es tal vez así el Corazón de Aquel que "pasó haciendo bien" a todos (Hch 10,38)? ¿De Aquel que hizo que los ciegos adquiriesen la vista, los cojos caminasen, los muertos resucitasen? ¿Que a los pobres se les anunciara la Buena Nueva (Lc 7,22)?

¿No es tal vez así el Corazón de Jesús, que no tenía El mismo dónde reclinar la cabeza mientras que los lobos tienen sus guaridas y los pájaros sus nidos (Mt 8,20)?

¿No es tal vez así el Corazón de Jesús, que defendió a la mujer adúltera de la lapidación y luego le dijo: "Vete, y de ahora en adelante no peques más (Jn 8,3-10).?

¿No es tal vez así el Corazón de Aquel que fue llamado "amigo de publicanos y pecadores" (Mt 11,19)?

¡Miremos, junto con María, el interior de este Corazón! ¡Releámoslo a lo largo del Evangelio!

**DIA 28°.**

**EL CORAZÓN DE JESUS ES, ANTE TODO, SÍMBOLO DEL DIVINO AMOR**



El culto al Sagrado Corazón de Jesús tiene una rica tradición en la Iglesia Católica y en tal tradición ocupa un lugar muy relevante la Encíclica Haurietis Aquas del Papa Pío XII sobre el Culto al Sagrado Corazón de Jesús que fue publicada en Roma el 15 de mayo de 1956 a los 100 años del decreto de Pío IX donde se extendía a todo el mundo el culto al Sagrado Corazón de Jesús.

La encíclica comienza con la fundamentación teológica, asumiendo las dificultades y objeciones que se han puesto al culto al Sagrado Corazón y respondiendo a las mismas con la doctrina de los papas. La encíclica explica los fundamentos del culto y recurre al Antiguo Testamento. El segundo capítulo de la encíclica aborda este culto en el Nuevo Testamento y la Tradición, incluyendo a los Santos Padres. La encíclica se detiene en el amor divino y humano de Jesús y en su corazón físico, y habla del símbolo del triple amor de Cristo (Haurietis Aquas, n. 15): “es considerado el corazón del Verbo Encarnado como signo y principal símbolo del triple amor con que el Divino Redentor ama continuamente al Eterno Padre y a todos los hombres.

a) Es, ante todo, símbolo del divino amor que en Él es común con el Padre y el Espíritu Santo, y que sólo en El, como Verbo Encarnado, se manifiesta por medio del caduco y frágil velo del cuerpo humano, ya que en «El habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente»” .

b) “Además, el Corazón de Cristo es símbolo de la ardentísima caridad que, infundida en su alma, constituye la preciosa dote de su voluntad humana y cuyos actos son dirigidos e iluminados por una doble y perfectísima ciencia, la beatífica y la infusa”.

c) “Finalmente, y esto en modo más natural y directo, el Corazón de Jesús es símbolo de su amor sensible, pues el Cuerpo de Jesucristo, plasmado en el seno castísimo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, supera en perfección, y, por ende, en capacidad perceptiva a todos los demás cuerpos humanos”.

El tercer capítulo trata de la contemplación del amor del Corazón de Jesús, con especial referencia a la Eucaristía, a su Madre Santísima María, y a la Cruz. También se refiere a la Iglesia y los sacramentos, a la fiesta de la Ascensión, a Pentecostés. Se refiere al Sagrado Corazón como “símbolo del amor de Cristo”, “cuando adoramos el Corazón de Jesucristo, en él y por él adoramos así el amor increado del Verbo divino como su amor humano, con todos sus demás afectos y virtudes, pues por un amor y por el otro nuestro Redentor se movió a inmolarse por nosotros y por toda la Iglesia, su Esposa” (n. 24).

El cuarto capítulo hace un recorrido por la historia del Culto del Sagrado Corazón, refiriéndose a los Santos y en especial a Santa Margarita María, quien “merece un puesto especial”, “porque su celo, iluminado y ayudado por el de su director espiritual —el beato Claudio de la Colombiere—, consiguió que este culto, ya tan difundido, haya alcanzado el desarrollo que hoy suscita la admiración de los fieles cristianos, y que, por sus características de amor y reparación, se distingue de todas las demás formas de la piedad cristiana” (n. 26).

En tal recorrido, se detiene en el decreto de Clemente XIII del año 1765 y el de Pío IX quien el 23 de agosto de 1856 “extendió a toda la Iglesia la fiesta del Corazón Sacratísimo de Jesús y prescribió la forma de su celebración litúrgica”. Se refiere también a este Culto como un “culto en espíritu y en verdad” y como “la más completa profesión de la religión cristiana”. Concluye con un capítulo V dedicado al “Sumo aprecio por el culto al Sagrado Corazón de Jesús” exhortando a que “con creciente entusiasmo cuidéis de promover esta suavísima devoción, pues de ella han de brotar grandísimos frutos también en nuestros tiempos”.

**DIA 29°.**

**MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO SEGUNDO CON MOTIVO DE LA PEREGRINACION A PARAY-LE-MONIAL 4 DE JUNIO DE 1999**



Siguiendo el ejemplo de san Juan Eudes, que nos enseñó a contemplar a Jesús, el Corazón de los corazones, en el corazón de María y a hacer amar a ambos, el culto tributado al Sagrado Corazón se difundió, sobre todo gracias a santa Margarita María, religiosa de la Visitación en Paray-le-Monial. El 11 de junio de 1899, León XIII, invitando a todos los obispos a unirse a su iniciativa, pidió al Señor que fuera el Rey de todos los fieles, así como de los hombres que lo han abandonado o de los que no lo conocen, suplicándole que los lleve a la verdad y los conduzca a Aquel que es la vida. En la encíclica Annum sacrum expresó su compasión por los hombres alejados de Dios y su deseo de encomendarlos a Cristo redentor.

La Iglesia contempla sin cesar el amor de Dios, manifestado de forma sublime y particular en el Calvario, durante la pasión de Cristo, sacrificio que se hace sacramentalmente presente en cada eucaristía. «Del Corazón amorosísimo de Jesús proceden todos los sacramentos, y especialmente el mayor de todos, el sacramento del amor, por el cual Jesús ha querido ser el compañero de nuestra vida, el alimento de nuestra alma, sacrificio de un valor infinito» (San Alfonso María de Ligorio, Meditación II sobre el Corazón amoroso de Jesús con ocasión de la novena de preparación para la fiesta del Sagrado Corazón). Cristo es una hoguera ardiente de amor que invita y tranquiliza: «Venid a mí (...) que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 28-29).

El Corazón del Verbo encarnado es el signo del amor por excelencia; por eso, he destacado personalmente la importancia para los fieles de penetrar el misterio de este Corazón rebosante de amor a los hombres, que contiene un mensaje extraordinariamente actual (cf. Redemptor hominis, 8). Como escribió san Claudio de La Colombière: «He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres, que no ha escatimado nada con tal de agotarse y consumirse para testimoniar su amor» (Escritos espirituales, n. 9).

En el umbral del tercer milenio, «el amor de Cristo nos impulsa» (2 Co 5, 14) a hacer que sea conocido y amado el Salvador, que derramó su sangre por los hombres. «Por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad» (Jn 17, 19). Por tanto, exhorto encarecidamente a los fieles a adorar a Cristo, presente en el santísimo Sacramento del altar, permitiéndole que cure nuestra conciencia, nos purifique, nos ilumine y nos unifique. En el encuentro con él los cristianos hallarán la fuerza para su vida espiritual y para su misión en el mundo. En efecto, en la relación de corazón a corazón con el divino Maestro, descubriendo el amor infinito del Padre, serán realmente adoradores en espíritu y verdad. Su fe se reavivará; entrarán en el misterio de Dios y serán profundamente transformados por Cristo. En las pruebas y en las alegrías conformarán su vida al misterio de la cruz y de la resurrección del Salvador (cf. Gaudium et spes, 10). Serán cada día más hijos en el Hijo. Así, a través de ellos, el amor se derramará en el corazón de los hombres, para edificar el cuerpo de Cristo que es la Iglesia y construir una sociedad de justicia, paz y fraternidad. Serán intercesores de la humanidad entera, pues toda alma que se eleva hacia Dios, a la vez eleva al mundo y contribuye de modo misterioso a la salvación ofrecida gratuitamente por nuestro Padre celestial.

Por consiguiente, invito a todos los fieles a proseguir con piedad su devoción al culto del Sagrado Corazón de Jesús, adaptándola a nuestro tiempo, para que no dejen de acoger sus insondables riquezas, a las que responden con alegría amando a Dios y a sus hermanos, encontrando así la paz.

**DIA 30°.**

**“LES DARÉ UN CORAZÓN NUEVO.”**

Los consagrados están llamados a configurarse con Cristo tanto como Él se consagró totalmente al Padre y su voluntad. San Pablo expresó así su propia consagración: “Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” Gal 2:20. No era destruirse a sí mismo, sino la transformación de sí mismo por la unión con Jesús el Cristo. ¿Cómo podemos seguir el ejemplo de Pablo? ¿Cómo crecer en nuestra consagración para realmente configurarnos con Cristo? Para poder decir honestamente: Ya no vivo yo sino Cristo vive en mí. Podemos por la fuente y culmen de la vida cristiana: la Eucaristía. Sólo este gran sacramento nos puede cambiar de pobres, débiles, pecadores en santos, configurados con Cristo, íconos vivos de Jesús en el Mundo de hoy. Por este sacramento recibimos un nuevo corazón y una nueva actitud, un corazón capaz de pensar, sentir y amar como Jesús.

Al confrontar el duro corazón del Pueblo Elegido, el Profeta Ezequiel anunció una gran promesa. Habló de la Palabra de Dios al exiliado Israel ante la visión de los huesos secos: "Les daré un Nuevo CORAZON y un nuevo espíritu, sacando de sus cuerpos sus corazones de piedra. Pondré mi espíritu en Ustedes y los haré vivir por mis principios, para que observen mis decretos. Ez 36,26- 27".

Esta profecía de un nuevo corazón se cumple en el Corazón de Cristo. Sólo en Jesús podemos encontrar un corazón humano capaz de amar al Padre con cada pensamiento, palabra y acción. Su Corazón está lleno hasta el infinito con el amor de Dios por cada ser humano creado a su imagen divina, hecho para una unión nupcial con Dios. Un Corazón que puede sentir con nosotros y darnos el poder seguir a Jesús de cerca en castidad, pobreza y obediencia. Este nuevo corazón, el de Jesús, se nos entrega en cada Eucaristía. El Catecismo, citando a Trento, afirma: “En el gran Sacramento de la Eucaristía ‘el cuerpo y la sangre, junto a la divinidad de nuestro Señor Jesucristo está todo el Cristo real y substancialmente presente.” Porque Jesús está totalmente presente, su Corazón está presente en la Eucaristía. Juan Pablo II escribió en su Carta Apostólica para el año de la Eucaristía. "Hay una especial necesidad de cultivar una conciencia viva de la presencia real de Cristo, tanto en la celebración de la Misa como en la adoración de la Eucaristía fuera de la Misa…la presencia de Jesús en el tabernáculo debe ser un polo magnético que atraiga a un creciente número de almas enamoradas de Él, listas para esperar pacientemente oír su voz, y sentir el ritmo de su corazón".

Al llegar a la adoración eucarística, nos ponemos en la Presencia del Corazón Eucarístico de Jesús. Como San Juan en la última cena, nos acercamos y descansamos en su Corazón, tomando fuerzas para los desafíos y pruebas que enfrentaremos. Más aún, cuando recibimos la comunión, el corazón de Jesús y el nuestro se hacen uno, incluso en un sentido nupcial. En la Eucaristía recibimos el corazón nuevo que Dios nos prometió en Ezequiel, el Corazón del hijo único de Dios. Jesús nos da el corazón que puede seguir la Ley de Dios. Su corazón unido al nuestro nos transforma y configura más a Cristo.

El 2005 Benedicto XVI habló con elocuencia sobre el poder transformador de la Eucaristía. Dijo: "Anoche nos juntamos en la presencia del Sagrado Corazón donde Jesús se hace para nosotros el pan que nos sustenta y ahí empezó nuestro viaje interior de adoración. En la Eucaristía, la adoración se debe hacer unión. Al hacer el pan su Cuerpo y el vino su Sangre, El anticipa su muerte, la acepa en su Corazón y la transforma en un acto de amor. Lo que exteriormente es solo violencia brutal -la Crucifixión interiormente es un acto de auto entrega total en amor. Esa es la transformación substancial que se operó en la Ultima Cena, para iniciar una serie de transformaciones que conducen a la transformación del mundo cuando Dios sea todo en todos. cf. 1Cor 15,28.

"Esta primera transformación fundamental de la violencia en amor, de la muerte en vida, trae otros cambios: el pan y el vino se hacen su Cuerpo y su Sangre. Lo que no puede detenerse aquí: el proceso de transformación adquiere fuerza: El Cuerpo y la Sangre de Cristo se nos dan para que también nosotros nos transformemos. Tenemos que ser el Cuerpo de Cristo, su propia carne y sangre. Comemos el mismo pan, y nos hacemos uno. Así, la adoración, como dijimos, se hace unión. Dios ya no está ante nosotros como el totalmente Otro. Está en nosotros y nosotros en El".

En el vientre de la Virgen María se casó la humanidad con la divinidad. Ahora Dios amó con un corazón que es humano y divino. Con cada celebración de la Eucaristía, la Palabra se hace nuevamente carne y abre su Corazón en un acto de amorosa entrega total. Ya que une su Corazón al nuestro en la comunión, tenemos un nuevo corazón configurado con Cristo. Se entrega a nosotros para que podamos ser uno con El y decir: “Ya no vivo yo, sino Cristo vive en mí.” Un pensamiento final: el poder transformador de la Eucaristía no es automático. Requiere nuestra cooperación y entrega. San Pablo dice a los Corintios que “el que coma y beba indignamente el cuerpo y sangre del Señor tendrá que responder por eso” 1Cor 11,27. Jesús le dijo a la gran santa del Sagrado Corazón, Sta. Margarita María, que pidiera reparación por los que no disciernen la Presencia del Señor en la Eucaristía, o responden con apatía.

En su relato: "Un día, arrodillada ante el Santísimo…Le oí decir: “Haz lo que ya te he pedido a menudo; no puedes mostrar tu amor en mejor manera que eso!” Abrió su Corazón al decir: “Ahí está ese corazón con tanto amor a los hombres…encuentra poco reconocimiento de la mayoría; lo que recibo es ingratitud – muestra de su irreverencia, sacrilegios, frialdad y desprecio por mí en me in mi Sacramento de Amor. Lo que más me duele es que corazones dedicados a mi servicio se comporten así". Luego, después de repetir su petición de una fiesta de reparación en honor de su Corazón, Jesús dijo: "Te prometo que abriré mi Corazón a todos los que me honren de este modo y que lleven a otros a hacer lo mismo; sentirán en plenitud el poder de mi amor.